

8782

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA
Y TEATRO CÓMICO

POMPEYA

DRAMA HISTÓRICO DE ESPECTACULO

EN CUATRO ACTOS, DIVIDIDOS EN QUINCE CUADROS

EN PROSA Y VERSO

ORIGINAL DE

JUAN ESPANTALEÓN

MADRID
ARREGUI Y ARUEJ, EDITORES

Calle de la Greda, núm. 16

1892



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

POMPEYA

POMPEYA

DRAMA HISTÓRICO DE ESPECTACULO

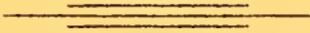
EN CUATRO ACTOS, DIVIDIDOS EN QUINCE CUADROS

EN PROSA Y VERSO

ORIGINAL DE

JUAN ESPANTALEÓN

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro de Novedades
la noche del 6 de Marzo de 1892



MADRID

IMPRENTA DE JOSÉ M. DUCAZCAL

Plaza de Isabel II, núm. 6

1892

Esta obra es propiedad de D. José Conde, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los Comisionados de la Administración Lírico-Dramática y Teatro Cómico de los Sres. ARREGUI y ARUEJ, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

PERSONAJES

ACTORES

YONA.....	SRA. CONTRERAS (ANTONIA).
NIDIA (ciega).....	SRTA. BERNÁLDEZ.
JULIA.....	» BUENO.
LA MAGA DEL VESUBIO.	SRA. SEGURA.
BIA (esclava).....	» GONZÁLEZ.
NINFA 1. ^a	SRTA. GARCÍA.
FLOTERA 1. ^a	SRA. GARCÍA.
ARBACES.....	SR. CARRASCOSA.
GLÁUCO.....	» MUÑOZ.
APÁECIDES.....	» SALGADO.
CALENO (sacerdote).....	» RODRÍGUEZ.
OLINTO.....	» DELGADO (D. PEDRO).
DIÓMEDES.....	» VILA.
PANSA.....	» CARRERAS.
FÚLVIUS.....	» DELGADO (M.)
CLÓDIO.....	» ALONSO.
LÉPIDO.....	» CAMACHO.
BURBO.....	» LAPUENTE.
SOSÍA.....	» GARCÍA (D. JOSÉ).
SACERDOTE.....	» LAPUENTE.
ESQUELETO.....	» RUIZ.
UN CENTUMBIR.....	» LÓPEZ.
UN JOYERO.....	» BERRUECO.
ESCLAVO 1. ^o	» SERRÁ.
UN DELEGADO DEL SE- NADO.....	» GÓMEZ.
UN MAGISTRADO.....	» GÓMEZ.
UN PREGONERO.....	» BERRUECO.
UN MAESTRO DE CERE- MONIA (no habla).....	» N. N.

Floreras, Esclavas, Plañideras, Ninfas, Oceanidas, Las Horas, Sacerdotes, Titanes, Cíclopes, Cancerberistas, Vulcanistas, Gladiadores, Soldados, Remeros, Esquele-

tos, Plañideros, Esclavos, Hombres, Mujeres y Niños de todas edades y Cupidos.

La acción se supone en Pompeya en el mes de Agosto; empieza el día décimotavo y termina el vigésimotercio. Año 79 de la Era Cristiana.

Los bailables de esta obra han sido dirigidos y puestos en escena por el reputado maestro del cuerpo coreográfico D. Angel Estrella.

Para mayor facilidad de las representaciones de esta obra, quedan las Empresas autorizadas para poder aplicar los números de música que crean conveniente, correspondiente á las melodías, marcha fúnebre y demás números de la obra, si bien recomendamos con sumo interés los números musicales que el maestro Estrella aplicó á la misma, y que, en honor á la verdad, contribuyeron éstos al buen éxito del espectáculo.





ACTO PRIMERO

CUADRO 1.º—El perjurio

Plaza de las Piras ó quemadero, en las afueras de Pompeya. A un lado el severo templo de Isis, cuyo pórtico rodea una gruesa verja y alumbra una lámpara de bronce. La ancha y dilatada calle de las Tumbas, se extiende en el fondo hasta confundirse con la población. Esta calle ó vía, la forman suntuosos edificios y multitud de sepulturas y mausoleos de rica ornamentación y diferentes órdenes de arquitectura. La acción empieza momentos antes de amanecer.

ESCENA PRIMERA

ARBACES *solo.*

ARBACES. Todos se van alejando
y nadie al templo se acerca.
¿Mentiría el vil esclavo
por malicia... ó por torpeza?
Esperemos; por Oriente
el alba á asomar empieza,
y la entrevista ha de ser
al marcharse las estrellas.
¡Astros de luz rutilantes!
¡Lámparas en las tinieblas,
de la noche misteriosa

incansables centinelas!
¿qué me dicen vuestros signos?
Veamos otra vez.

*(Saca un pergamino y le observa á la luz de la lám-
para.)*

¡La piedra!...

«Un peligro te amenaza,
me dicen esos profetas.
Aléjate. La montaña
arrojará á tu cabeza
certero golpe y terrible
con la maldición eterna!»
Si no me engañan los astros,
si su profecía es cierta,
¿por qué mi alma no siente
esa fría sombra que hiela
el calor de la esperanza
y el Orco á sentir no empieza?
¡Si de la muerte el sudario
quiere envolver mi existencia;
si del reloj de mi vida
se va agotando la arena,
quiero que el último grano
cual vosotros resplandezca! *(A las estrellas.)*
Prepárese el hondo averno
y el Tártaro ardiente hierva!
¡Cérquenme todas las Furias!
¡Rompan mi vital cadena;
mas antes, logre un triunfo:
de Yona en los brazos muera!
¡Por la calle de las Tumbas
el nazareno se acerca...
No... Parece un sacerdote
de la diosa... Sí: prudencia!

ESCENA II

ARBACES y CALENO

CALENO. Me pareció que vagaba
cerca del templo una sombra...
ARBACES. ¡Oh sacerdote de Isis!

- CALENO. Cuando la noche recoja
las tinieblas, y al Oriente
ilumine la carroza
de Febo, ven á buscarme.
La noche consagro toda
por votos irrevocables
á los dioses.
- ARBACES. En buen hora.
Pero es que vengo á traer
oráculos á la diosa.
- CALENO. ¡Esa voz!... ¡Díme quién eres!
Es preciso te conozca!...
- ARBACES. Yo sí que te he conocido,
buen Caleno, ya de sobra.
- CALENO. ¡Arbaces... en este sitio...
y tan solo!...
- ARBACES. ¿Qué me importa
si me acompaña mi estilus?
La calma, Caleno, cobra.
Apaécides, ¿dónde está?
- CALENO. Velando al pié de la diosa.
- ARBACES. ¿Estás seguro?
- CALENO. Lo estoy.
- ARBACES. Jamás de noche reposa.
Pero... del templo, ¿no sale?
¿Alguna vez, le abandona
cubierto con negro manto...
de la noche entre las sombras?
Con sinceridad, Caleno,
es preciso me respondas.
- CALENO. Pues lo mandas, obedezco;
mas si te ofendo, perdona.
Tú erigistes este templo
de Serapis á la esposa,
y su grandeza sostienes
con el oro de tus joyas.
Todo Pompeya te admira
por tu ciencia poderosa.
Tu magia arranca á los astros
el secreto de las cosas.
Por tí yo soy sacerdote
y me protege Pomona.

Mi gratitud hallarás
 cuando los hados dispongan.
 Tú obligastes á Apaecides,
 cuya edad aún era corta,
 al solemne juramento
 que pronunciase en mal hora.
 Por tí se hizo sacerdote,
 y sacerdote se nombra;
 mas... sacerdote sin fe.
 Nuestras prácticas le enojan,
 nuestras estatuas parlantes
 el desprecio le provocan,
 y nuestros fraudes piadosos
 descaradamente ódia...

ARBACES.

Lo sé, Caleno, aunque nunca
 me lo reveló tu boca.
 Puesto que solos estamos,
 y contigo hablar me importa,
 oye bien, seré muy breve,
 pues se aproxima la aurora,
 y á los Flámenes reclaman
 los cánticos de Las Horas.
 ¡Ese pueblo que en los brazos
 del dulce sueño aún reposa,
 con las armas vencedor
 esa formidable Roma,
 á las ciudades del Nilo
 arrasó con sus victorias!
 ¡Ella eclipsó de Sesostris
 y Semíramis las glorias!
 ¡Por ella mis ascendientes
 perdieron vida y corona;
 y al contemplar estos males
 mi corazón se desploma!...
 ¡El poder, la ciencia, el oro,
 la adulación, las lisonjas
 de aquellos á quien levanto,
 todo me hastía, me sobra,
 pues de mi patria al recuerdo
 es mi vida tenebrosa!
 Hay, sin embargo, una luz,
 que en las mares procelosas

en que mi alma navega
entre escollos, entre rocas,
puerto salvador me ofrece;
ese puerto ansiado es Yona.
Mas como vana ilusión
de las que el deseo forja,
si me aproximo se aleja
ó se sumerje en las ondas;
y en lucha temible y fiera,
y desesperada y loca,
mi existencia es un tormento
que triste el alma soporta.

CALENO. ¿Quién puede impedir, Arbaces,
que mañana sea tu esposa?

¿Quién á tu poder se atreve?

ARBACES. ¿Quién rehusar puede tal honra?
Su hermano, espero lo impida;
otro amor también lo estorba.

CALENO. ¡Que su hermano se opondría!...
Casi lo dudo... perdona.

ARBACES. Entre esos viles ateos
que nazarenos se nombran,
piensa alistarse Apaecides
antes que alumbre la aurora.
Pero, ¿dónde?

CALENO.

ARBACES. En este sitio.

CALENO. ¡Qué sacrilegio! ¡Qué mofa!

ARBACES. ¡Pronto llegará un ateo
que á ese Dios hebreo adora,
á recibir juramento
del que es perjuro á su diosa!

CALENO. ¡Imposible!... ¡Noble Arbaces;
si llegase á hacer tal cosa,
en una cruz moriría
por blasfemo y por apóstata!
¡Y... si otro hombre importuno
á esa tu pasión le estorba,
no faltará quien sepulte
en su corazón la hoja!

ARBACES.

¡Así te quiero, Caleno!
Del mismo Nerón las joyas,
si en este trance me ayudas,

has de ver para que escojas.
 Te daré cuantas riquezas
 tu corazón ambiciona ;
 tendrás el oro que quieras ;
 te daré piedras preciosas ;
 pero acabe esta agonía !
 Quiero conseguir de Yona,
 si no el alma... ¡la hermosura !
 ¡Su hermosura embriagadora !
 Ya los astros han perdido
 su fulgor. Se van las sombras
 de la noche y creo que avanza
 con pisadas cautelosas
 el miserable que espero.
 Cúbrete las blancas ropas
 con tu negro manto, y ven.
 De espiar llegó la hora:
 espiaremos... Sí, es preciso...
 CALENO. Lo que los Dioses dispongan. *(Se ocultan.)*

ESCENA III

DICHOS , *ocultos*.— OLINTO y APAECIDES

(Después que Olinto reconoce la escena y se cree solo, se aproxima á la verja, llama con sigilo y sale Apaecides.)

OLINTO. La santa paz te acompañe.
 APAECIDES. Buen anciano, ¿dónde hallarla,
 si fiera y ruda tormenta
 la tranquilidad me embarga?
 OLINTO. La paz, con el arco iris,
 tiene mucha semejanza.
 Sigue á la negra tormenta,
 y aunque en el suelo descansa,
 su cima llega hasta el cielo,
 que con sus luces la baña.
 Fórmase aquí, en el seno
 del dolor y de las lágrimas,
 y es de eterno sol reflejo,
 la seguridad, la calma ;

entre Dios y los mortales,
 ¡santo signo es de alianza!
 ¡Es hermosa emanación
 de luz inmortal y santa!
 ¡Es el fin de los dolores!
 ¡Es la sonrisa del alma!
 Haz que huya de tu mente
 esa tormenta, y levanta
 la frente ardorosa y pura,
 ¡que la santa paz te aguarda!

APAECIDES.

En aquel terrible día
 que me arrebató la parca
 con su implacable fiereza
 el sér que tanto adoraba,
 fijé mi vista en la altura,
 y así pregunté con ánsia:
 decidme, dioses, ¿hay algo
 tras la pira y la mortaja?
 ¿Podré en otro mundo hallar,
 de la madre que me apartan,
 la hermosa luz que en sus ojos
 hoy la sorda muerte apaga?
 «Sí,» dijeron á mi oído;
 y entre dolor y esperanza,
 junto al cadáver me postro
 y elevo tierna plegaria!
 Debí subir al Olimpo,
 como sube la fragancia
 que las flores depositan
 en los céfiros al alba.
 «Sí, joven, hay otra vida,
 y allí tus padres te aguardan.
 ¿Quieres hallar el camino?»
 Así el egipcio me hablaba.
 En el templo, separado
 de mundanal algazara
 y consagrando á los dioses
 de tu corazón la llama,
 poder tendrás sobrehumano
 para acortar la distancia
 que de los padres que lloras
 el destino te separa.

Juré hacerme sacerdote
sobre el cadáver sin mancha
de aquel sér, siempre querido,
que me llevó en sus entrañas!
Pero, Olinto, ¡triste suerte!
¡Oh templo, dioses y aras!...
¡Un miserable se esconde
tras de la estatua sagrada,
y pronuncia las mentiras
con que á esos... ciegos engañan!
¡Ni en la tierra, donde fijo
estas vacilantes plantas,
tengo fe; errante vago,
como las hojas que arrastran
los violentos huracanes
y en su seno las devastan!
Yo... ¡no sé lo que es mi cuerpo!...
¡Yo no sé si tengo alma!
¡Ya no me aterran los dioses!
¡Ya mi vista no se pasma,
ni ante los rayos de Febo,
ni ante el frío de la nada!
Falto de fe y de aliento
sostengo triste batalla,
sin saber si hay otra cosa
más allá de la mortaja!

OLINTO.

¡Una corona de gloria
al que sabe conquistarla!
¡Eso hay en la otra vida!
¡Eso en el cielo te aguarda!
¡Ven, hijo, ven á mis brazos;
ven, y tu llanto derrama
sobre un corazón cristiano
que por salvarte se afana! *(Se abrazan. Pausa.)*
Vamos, hijo.

APAECIDES.

¡Ay, Olinto! *(Vacilante.)*

OLINTO.

En una ignorada estancia
ahora mismo nos reunimos,
y á Dios mandamos las gracias,
porque de la noche obscura
con felicidad nos saca.

APAECIDES.

¡Sí... vamos... os quiero ver

y escuchar vuestras palabras!

(Se disponen á marchar, y Apaecides se detiene.)

¡Templo... templo de mis padres!

¡Religión... un día adorada!

¡Cuántas veces, diosa Isis,
te dí ofrendas en mi infancia!

¡Cuántas veces en tu rostro
se fijaron las miradas
de mis padres!... ¡Cuántas veces
aún te adorará mi hermana!

(Olinto quiere llevarle de un brazo.)

¡Déjame Olinto!... ¡Deja
un momento más... me ata
no sé qué lazo á este sitio.

De esa agonizante lámpara
la pálida luz, parece
que resucita y me llama!

OLINTO.

¡Son los últimos suspiros,
las postreras llamaradas
que, como tú, están luchando
entre la vida y la nada!

¡Un mundo eterno te ofrezco!

¡Que no se pierda tu alma!

APAECIDES.

¡Ay, Olinto!... ¡Ay, Templo!... Vamos...

¡Pero tiembla si me engañas!

(Cuando van á marchar, salen Arbaces y Caleno; el primero detiene á Apaecides y el segundo sigue á Olinto, desapareciendo ambos por detrás del Templo. Pausa larga.)

ARBACES.

Éra tu madre cadáver,
y al pié de la pira estaba.

Tú colocastes las manos
sobre su frente de nácar,
y al darle el último beso,
con voz penetrante y clara,
hicísteis un juramento
al que torpemente faltas!

APAECIDES.

¡Gran Arbaces! ¡Madre mía! *(Cae de rodillas.)*

ARBACES.

¡Apaecides!... ¡Ven, levanta!

Yo tan solo te escuché.

Aparta de tu mente, aparta
el recuerdo de esta noche.

(Entran los dos en el Templo. Pausa. Sale el sol.)

ESCENA IV

Salen OLINTO y CALENO. El primero trae sujeto al segundo.

- OLINTO. ¿Por qué mis pasos, tenaz,
 persigues con furia tanta?
- CALENO. Porque quiero, torpe ateo,
 conocerle cara á cara.
- OLINTO. Mírame: ¡yo vierto luz
 de predicación cristiana!
- CALENO. ¡Con el fuego del averno!
- OLINTO. De amor divino en las alas
 se elevan los que me escuchan,
 y de tus dioses se apartan.
- CALENO. ¡Han de rasgarte la lengua
 con que á los dioses ultrajas,
 esos leones hambrientos
 con sus destructoras garras!
 O clavado en una cruz,
 á flechazos y pedradas,
 la muerte que tú mereces
 haré que te den mañana.
- OLINTO. ¿Me quieres crucificar?
- CALENO. ¡Como al traidor que tú aclamas!
- OLINTO. ¿Traidor el Santo Cordero
 que perdona al que lo mata?
 ¿Adónde está la traición?
 ¡Qué ciega tienes el alma!
 ¡Tú no ves del sacrificio
 la sangre de la esperanza!
- CALENO. ¡Pero miro á los ateos
 que en los pórticos se arrastran
 de los templos, cual reptiles,
 y sus recintos asaltan
 para engañar sacerdotes
 y arrancarlos de sus aras!
 ¡Vil ateo! Pompeyanos. (*Gritando.*)
 Un sacerdote reclama
 vuestra protección, ¡venid,
 que el delincuente se escapa!

OLINTO. ¡En otra vida, Caleno,
han de juzgar esta causa!
CALENO. ¡Que se escapa el delincuente! (*Gritando.*)

ESCENA V

DICHOS, PANSA, el JOYERO, PUEBLO,
un CENTUMBIR y SOLDADOS

PANSA. ¿Quién á la justicia llama?
CALENO. ¡Yo, sacerdote de Isis,
hago á los jueces demanda
del castigo que merece
un sacrilegio en sus aras!
¡Este le cometió! ¡Prendedle!
OLINTO. ¡Dios de las mansiones altas! (*Se arrodilla.*)
¡Perdónalo!... Le perdono;
y mi pobre sangre salga
de sus venas, si es preciso,
para lavar esa mancha!
CALENO. Mirad; su crimen le humilla.
OLINTO. No dices verdad... (*Con humildad.*)
PANSA. Levanta.
OLINTO. ¡Estaba rogando á Dios
que su justicia no caiga
sobre tí, que me calumnias!
JOYERO. ¡No digas ni una palabra!
¡Bien sabes que te conozco!
Es un ateo, sí, Pansa.
Estaba yo terminando
cuatro vasos para Palas,
y en mi tienda se detuvo,
y dijo el ateo:—¡Plata
y oro en esos vasos!
¡Yo con ellos remediaba
de muchos pobres el hambre!—
¿Qué son primero, ¡canalla!
los dioses, ó el vagabundo,
que ni ora ni trabaja?
OLINTO. Los pobres... lo necesitan;
tus dioses... ¡son una farsa!

- SOSÍA. ¡Gracias, bellísima señora!
- JULIA. Acaba.
- SOSÍA. No puedes ver á Arbaces, porque aún velaba Diana el sueño del pastor, cuando salió de palacio.
- JULIA. Y... ¿sabes dónde se dirigió?
(Suená el chasquido de una plancha metálica.)
- SOSÍA. ¡Ah! Él llega. ¿Le diré?...
- JULIA. Que Julia le espera.
- SOSÍA. Al momento, generosa Julia. Y los dioses te premien el donativo que has hecho á este pobre esclavo. ¡Tengo tantos deseos de ser libre, y me falta tanto para conseguir el precio de mi libertad! *(Julia le hace una señal.)*
Voy, voy... *(Vase.)*
- JULIA. Triste debe ser la esclavitud. Hoy que mi corazón es esclavo del amor que profeso á ese extranjero, lo he llegado á comprender. La esclavitud debe de ser horrible.
- ARBACES. *(Saliendo.)* Julia.
- JULIA. Sabio Arbaces, perdona mi atrevimiento. Cuando sepas la causa que guía mis pasos á tu presencia, disculparás á una mujer que se atreve á salir de su casa al despuntar la auro-
ra, y sin el permiso de su cariñoso padre.
- ARBACES. Hermosa virgen; no me son desconocidas esas tempestades que se desbordan en el co-
razón, y que acaso hoy te traen á mi pre-
sencia.
- JULIA. ¿Me permites que te pida un favor?
- ARBACES. Eso no debiera preguntarlo Julia.
- JULIA. Vengo á pedirte un filtro.
- ARBACES. ¿Tanto amas?
- JULIA. Tanto, que hiciera el sacrificio de mi vida por conseguir el amor del que por otra me olvida.
- ARBACES. ¿Y quién es?
- JULIA. ¿No lo sabes?
- ARBACES. ¿El ateniense?
- JULIA. Sí. Gláuco, que hace un año encendió en mi pecho la ardiente llama de mi primera pa-
sion... y que hoy me olvida por otra... acaso

más hermosa; pero que no le amaré tanto como la desgraciada Julia!

ARBACES. Y esa hermosa rival, ¿es mi pupila, es Yona?

JULIA. Sí.

ARBACES. Tienes un corazón digno de ser amado, porque atesora el mejor atributo del amor: la constancia. Nacidos apenas esos amores, Gláuco abandonó á Pompeya. Casi un año ha permanecido ausente. Si aún le conservas tanta pasión, no cabe duda que posees un corazón constante, digno al fin de tu hermosura.

JULIA. Agradezco tan galante lisonja.

ARBACES. Pero ¡ay, noble virgen! La ciencia que he adquirido á fuerza de largos estudios, vigili-
as y meditaciones, no me ha enseñado á conocer los simples con que se forman esos filtros que se sobreponen á la voluntad y mandan en el corazón.

JULIA. *(Pausa.)* Si alguna vez has amado, me sabrás perdonar. Que se amen. Estoy resuelta.

ARBACES. ¿A qué?

JULIA. Me voy á sacrificar. Los dioses te acompañen.

ARBACES. Detente, Julia. Gláuco será tu esposo.

JULIA. ¡Ah!... ¿Me lo aseguras?

ARBACES. Si puedes hacerle beber el filtro que voy á proporcionarte.

JULIA. ¡Y me asegurabas que no podías remediar mi sufrimiento!

ARBACES. Se guarece en una profunda caverna en las faldas del Vesubio una de esas viejas hechiceras de Thesalia, que puede facilitarme un licor, cuya influencia es tal, que sólo con que le hagas participar un rato del calor de tu pecho, Gláuco te amaré con irresistible pasión desde el momento que lo beba.

JULIA. ¿Cuándo estará en mi poder el filtro?

ARBACES. No ha de tardar.

JULIA. Gracias, ilustre sabio. Siempre sentí hacia Arbaces el más profundo respeto; éste se convierte en cariño. Puedes contar con la amistad de Julia.

- ARBACES. Mañana tal vez...
 JULIA. ¡Mañana!
 ARBACES. Veremos.
 JULIA. ¡Oh!... Gracias.
 ARBACES. Los dioses te acompañen. (*Vase Julia.*)

ESCENA VII

ARBACES; *después* SOSÍA

- ARBACES. Es hermosa. Por sus claros ojos parece que asoman las voluptuosas miradas de Cupido, y en sus risueños labios parece que constantemente espira un ténue y melancólico suspiro de amor. ¡Ah! Pero Yona es superior á todas las mujeres. Yona será mía. Hé aquí cómo el destino me proporciona en esta mujer un instrumento que me libraré de ese odioso rival. Pronto una terrible ponzoña correrá por su pecho; la muerte se encargará de convertir en podredumbre las bellezas de su rostro.
- SOSÍA. (*Saliendo con un pergamino.*) Este pergamino acaban de traer de parte de Yona.

- ARBACES. (*Leyendo.*) «Arbaces: he sido invitada por Diódemedes y Julia para presenciar desde el pórtico de su casa la ofrenda del león y el tigre que los pompeyanos dedican hoy al dios Vulcano. Me suplican que cante algunos versos, y pienso cantar una hermosa oda del poeta Fúlvius titulada *Los amores ofendidos*. Eres mi cariñoso tutor, y cuento con tu beneplácito y tu compañía.» Sosía: todos, absolutamente todos mis esclavos y esclavas, al templo de Vulcano. Rindan hoy culto al dios infernal y formen respetuoso y lucido séquito detrás de mi pupila, la hermosa napolitana.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

MUTACIÓN

CUADRO 3.º—La ofrenda

Una de las calles más animadas de Pompeya. A la derecha el suntuoso templo de Vulcano. A la izquierda la casa de Diómedes, guarecida de los rayos del sol, con un toldo de color de púrpura. Varios bancos en la puerta cubiertos con flores y ricas telas. En el foro una artística fuente de mármol arrojando varios chorros de agua. — Melodía.

ESCENA VIII

TRANSEUNTES, PUEBLO y FLORERAS, NIDIA (*ciega*).
BURBO, GLÁUCO, CLÓDIO, LÉPIDO y FLORERA 1.ª

FLORERA 1.ª Bellas hijas de Pompeya (1),
comprad mis flores, comprad.
Traigo rosas y violetas,
claveles, mirtos y azahar,
perfumados con los besos
de la brisa matinal.

Oh, las bellas pompeyanas,
comprad mis flores. comprad.
NIDIA. Hijas de la luz ardiente,
en su broche virginal
conservan puros colores
que les dió Febo al pasar.
Son cual púrpura de Tiro.
Comprad mis flores, comprad.

BURBO. Allí está. Vale mucho esa esclava; pues á
pesar de ser ciega, gana ella sola más dine-
ro que todas las floreras juntas que hay en
Pompeya.

CLÓDIO. Dime, Burbo: ¿ por qué compraste una esclava ciega?

(1) Las actrices encargadas de los papeles de FLORERA y NIDIA, pueden cantar estos versos si tuviesen condiciones líricas.

- BURBO.** Un ladrón thesaliense me engañó; yo la ví en el mercado, joven, agraciada... le pregunté cuánto quería por ella, y me dijo: «Te la doy casi de balde; y advierte que la he robado yo mismo á su familia, que es noble y rica...» En fin... la compré. El muy bribón desapareció en cuanto le dí el dinero. Me dirigí á mi casa muy contento y ufano por lo barata que me había salido la mercancía; pero al presentársela á mi mujer, ella vió que era ciega. Mi buena esposa quiso matarla, y furiosa, empezó á darle golpes; pero yo le dije: cálmate, que acaso sirva para algo; pues bien, ya lo véis; nos hemos alegrado después, porque todos los grandes señores la regalan. Se dedica á cuidar los mejores jardines de Pompeya; sabe hacer ramos y guirnaldas de flores al estilo de Thesalia; canta como un ruiseñor, y en una palabra, vale mucho, mucho.
- GLÁUCO.** Sí, Burbo; todos los días acostumbraba á ir á mi casa, cuidaba con esmero las flores de mi jardín y me cantaba alguna de sus bellas canciones. Por eso quiero comprarla.
- BURBO.** Ya lo dije; no la vendo.
- CLÓDIO.** Recuerda que estoy emparentado con Pansa, el edil, y si te opones á los deseos de mi amigo Gláuco, te arruino.
- BURBO.** Es decir, ¿que no hay remedio?
- GLÁUCO.** Vamos, ¿cuánto quieres por ella?
- BURBO.** Pero dejad al menos que pasen los tres días de vulcanales.
- CLÓDIO.** Hoy mismo ha de ser. En este momento.
- GLÁUCO.** ¿Te decides?
- CLÓDIO.** Ya lo sabes: ó vendes la ciega á Gláuco, ó te arruino.
- BURBO.** En ese caso...
- GLÁUCO.** Vamos, ¿cuánto?
- BURBO.** Quiero... seis grandes estercios.
- GLÁUCO.** Es mía. Te daré diez; cuando termine la ofrenda nos reuniremos aquí, en la puerta del templo, iremos á la casa del Magistrado

- y después á la mía, á que cobres el dinero.
¿Andabis?
- BURBO. Dábitur (1). (*Gláuco, Clódio y Lépido se retiran hacia el foro; Burbo se aproxima á Nidia, que ha permanecido vendiendo flores en las gradas del templo.*)
- NIDIA. Ah, ¿eres tú, amo mío?
- BURBO. Sí, hija mía. Díme, ¿has vendido mucho?
- NIDIA. Me parece que has de quedar contento.
- BURBO. A ver, trae. (*Nidia entrega á Burbo algunas monedas.*)
Canta, pregona, vende, y al terminar la ofrenda me entregarás el dinero que hayas reunido, y yo, en cambio, te daré una buena noticia.
- NIDIA. ¿Cuál? Dímelo ahora.
- BURBO. Después.
- NIDIA. Sea tu voluntad.
- BURBO. Es... que vas á mudar de amo.
- NIDIA. ¡Me vas á vender!... ¿Á quién?... ¡Ah! ¡Me vas á vender!...
- BURBO. No te afijas, porque tu nuevo amo va á ser un rico extranjero.
- NIDIA. ¡Ah!... pero díme...
- BURBO. Nada te digo ahora. Después que se acabe la ofrenda; pero te has de portar muy bien. Canta, canta y vende muchas flores. (*Vase.*)
- FLOR. 1.^a Traigo rosas y violetas (2),
claveles, mirtos y azahar.
Viva el placer, la alegría.
Comprad mis flores, comprad.
- NIDIA. En un mundo de tinieblas
la ciega viviendo está,
y sus matices brillantes
nunca pudo contemplar;
mas, en cambio, ellas reciben
el transparente cristal
con que sus ojos las riegan
con cariño fraternal.

(1) Trato hecho.

(2) Las actrices encargadas de los papeles de FLORERA y NIDIA pueden cantar estos versos si tuviesen condiciones líricas.

- FLO. 1.^a Traigo rosas y violetas;
comprad mis flores, comprad.
- GLÁUCO. Dame un ramo de violetas
y recibe esos estercios.
*(Toma un ramo de violetas y deja caer algunas monedas
en la canastilla de Nidia.)*
Cada día tu voz más grata
y más sonoro tu acento.
- NIDIA. ¡Con que estás de vuelta, Gláuco!
¡Oh, dioses, por fin ha vuelto! *(Aparte.)*
- GLÁUCO. Sí, niña; mas hace poco
que llegué á Pompeya. Espero
que visites mi jardín,
pues ya reclama tu esmero.
Alegres dejé sus flores
y mustias me las encuentro.
- NIDIA. Tu ausencia las entristece;
pues de poco sirvió el riego,
si el calor de tus caricias
les faltó por tanto tiempo.
- GLÁUCO. Siempre tan tierna y sensible.
¡Pobre ciega! Aquí, en mi pecho,
colocar quiero tus flores
y llevar este recuerdo
de la gentil thesaliense
de los humildes ejemplos.
- NIDIA. Son violetas y no punzan...
Pero me asalta un recuerdo...
es una historia muy corta.
Oye, si no te molesto:
En tu jardín, cierto día,
estando flores tegiendo
para hacer unas guirnaldas,
me asaltó el mal pensamiento
de colocar una de ellas,
muy hermosa, aquí en mi pecho.
Cual los del amor... mis ojos,
ya lo sabes, están ciegos.
No ví que tenía espinas...
y grave herida me hicieron.
- GLÁUCO. Si de tu mano son, Nidia,
á sus espinas no temo.

NIDIA. ¿Cuándo me vas á comprar?

GLÁUCO. Ahora acabo de hacerlo.
Te he cumplido mi palabra;
se han cumplido tus deseos.

NIDIA. ¡Oh!... ¡Los dioses te bendigan!

Permite que estampe un beso
en tu mano generosa! *(Le besa.)*

¿Por qué, Minerva, le quiero! *(Aparte.)*

*(Nidia se retira á las gradas del templo, pero con
precaución escucha á Gláuco.)*

GLÁUCO. Amor respiran sus labios,
amigo Clódio.

CLÓDIO. Voy viendo
que protejes á esta esclava.

GLÁUCO. Amigos, sí la protejo.
Cuando del festín cansado,
tomado ya del Falerno,
me separo de vosotros
y me recojo en el lecho,
y el licor de Baco abrasa
mi cabeza con su fuego,
y veo alzarse y retorcerse
entre llamas los sarmientos,
un canto dulce y sonoro
de esa esclava, es el unguento
que mi pecho tranquiliza
y me envuelve en blando sueño.
Son los cantos de esta ciega
como aquel arrullo tierno
de las aves en el bosque,
y á mi mente ahora trajeron
de una mujer celestial
la imagen y los recuerdos.

CLÓDIO. Pero, ¿estás enamorado?

LÉPIDO. ¡Por Polux, que no lo creo!
CLÓDIO. Que amarás, yo no lo dudo;
porque vosotros los griegos
depositáis vuestro amor
en el altar de lo bello.

Hay mujeres tan hermosas,
y abundan tanto, que pienso
que amarás á muchas, sí;

pero con amor sincero...
te repito, Gláuco amigo,
que á creerte no me atrevo.

GLÁUCO.

¡Por Diana! De un amor,
como dices, pasajero,
no os hablara, de seguro;
de un amor, os hablo, eterno!

LÉPIDO.

¿La conociste en Pompeya?

GLÁUCO.

La conocí bajo el cielo
de Nápoles, ciudad hermosa,
que tiene su origen griego.
A ofrecer oliva y preces
de Minerva entré en el templo,
y el recuerdo de mi patria
me arrancó un suspiro tierno.
Una mujer, cuyo rostro
parecíase al modelo
que de Venus, Diana y Psyquis
nuestros escultores dieron,
también oraba, cual yo,
en soledad y silencio.

¿Eres de Atenas? le dije;
entonces, bajando el velo,
me responde: «Del Illyso,
en las orillas murieron
mis mayores; ví la luz
en Nápoles, mas tengo
en mis venas sangre griega,
y á Atenas van mis recuerdos.»

Era su voz la armonía
de las hijas de Aqueleo.
Eran flechas sus miradas
llenas de dulce veneno.
Verla y no amarla... ¡imposible!

NIDIA.

¡Oh, Palas! ¡Qué está diciendo! (*Aparte.*)

GLÁUCO.

Un juramento de amor
brotó de su amante pecho.
Testigos fueron las olas
de ese mar limpio y sereno
que de Nápoles retrata
la transparencia del cielo.
Un día... que no se aparta

jamás de mi pensamiento...
 «Ya las sombras de la noche
 su manto van extendiendo—
 me dijo,—hasta mañana»...
 y solo y confuso quedo.

Mi corazón me decía
 que aquel adiós era eterno.
 Muchos días esperé
 inútilmente... por eso
 abandoné aquellos sitios,
 y sufro con su recuerdo.

CLÓDIO.

CLÁUCO.

Pero ¿tú no la buscastes?
 Me exigió fuera un secreto
 para mí su nombre y casa,
 y respeté su misterio.

La historia de mis amores
 ya la sabéis por entero.

Sus amarguras, amigos.
 yo las devoro en silencio.

Hoy es día de placer,
 y solo gozar debemos.

ESCENA IX

DICHOS y ARBACES, *que sale de la casa de Diómedes y ha oído*

los últimos versos de Gláuco.

ARBACES.

El perfume de la rosa
 se desvanece muy presto.
 ¡ Muchas veces su belleza
 sirve de gala á los muertos!
 En la tierra, Gláuco, amigo,
 somos los dos extranjeros.
 Si gozar tú puedes, goza;
 mas no olvides mi consejo.
 ¡ Conserva de tus festines
 una flor al triste suelo
 de tus padres!... ¡ Ayer libre!...

GLÁUCO.

¡ Hoy... esclavo; hoy desierto!
 ¡ De nuestros padres, Arbaces,
 y de las glorias que huyeron,

para no volver acaso,
no debes hablar: murieron!
Y pues tal fué su destino,
resignados acatemos
la voluntad de los dioses.
¡ En vano ya evocaremos
de Maratón en los campos
sus sombras, ni en los senderos
de las Termópilas, nó!
Sus pasadas glorias fueron,
tú lo has dicho... ¡ ay, Atenas!
como el perfume ligero
de las flores. ¡ Solo Roma
tiene ya corona y cetro.

LÉPIDO.

Uso tenéis los egipcios
de introducir esqueletos
en vuestros grandes festines,
y en Pompeya... no lo hacemos.
Gláuco hablaba de su amor,
y tú le impones silencio
con las tristes reflexiones
de la patria y de los muertos.

ARBACES.

Cuando en misteriosa luz
á Endimión, joven y bello,
se le reveló la luna;
cuando amor le dió su pecho,
no fué en el loco bullicio
ni en alegres clamoreos...
fué en montañas solitarias,
en los valles del silencio.

GLÁUCO.

En la soledad tranquila
y misteriosa del templo;
ante esas olas, que á Vénus
sobre la concha mecieron,
se me reveló la luz;
pero, Arbaces, quedé ciego!
¡ Ciego de amor, y confuso
ante sér tan puro y bello...
abro los ojos, la busco...
es en vano, no la encuentro!

ARBACES.

Ni pretendas encontrarla.
No quieras rasgar el velo

que á tus miradas la esconde;
 pudiera serte siniestro!
 GLÁUCO. ¿Hablas así porque sabes
 de esta historia los secretos,
 ó acaso por infundir
 con tus pronósticos miedo?
 ARBACES. ¡Nunca olvides mis palabras!
 Mis vaticinios... son ciertos. (*Vase.*)

ESCENA X

DICHOS, *menos* ARBACES; *á poco* FÚLVIUS

GLÁUCO. ¡Dioses!... ¿Qué dice ese hombre?
 Clodio, Lépido, ¿escuchásteis?
 De estos mis tristes amores
 la historia sin duda sabe.
 A su tez morena ví
 se le agolpaba la sangre,
 y su impávida frialdad
 por momentos vi animarse.
 ¿Qué interés puede tener?
 ¿Qué misterio es este, Marte?
 Que la ame ó la abarrezca,
 ¿le puede importar á Arbaces?

CLÓDIO. Es fatídico el egipcio.

LÉPIDO. Sus palabras no te extrañen;
 el porvenir de los hombres
 por los astros cree que sabe...

GLÁUCO. Otra, Lépido, es la causa.
 ¡Que á comprenderla no alcance!
 Mas si los astros me anuncian
 por este amor tantos males,
 no me asusta mi destino,
 mañana me vuelvo á Nápoles.
 Siento, amigos, que mi pecho
 en llama de celos arde.

CLÓDIO. ¡Celos!... ¿De quién?

GLÁUCO. Yo no sé...
 Acaso del mismo Arbaces!

CLÓDIO. En su corazón de hielo

amor no encuentra hospedaje ,
y su misteriosa casa
tan solo conserva altares
para Osiris y la ciencia.

LÉPIDO. Pues en Pompeya se sabe
que celebra otros festines...
amorosas bacanales,
donde se enlazan y estrechan ,
entre cantos deleitables ,
el placer y la belleza...

ESCENA XI

DICHOS y FULVIUS

FÚLVIUS. ¡Me protege la fortuna! (*Saliendo.*)

GLÁUCO. ¡Y á mí el hado me persigue!

FÚLVIUS. ¿Te molesto?

GLÁUCO. Fúlvius, sigue ;
un amigo no importuna.
Ese melodioso acento
de tu voz, siempre poesía ,
consuela con su armonía.
Te escucho, Fúlvius, atento.

FÚLVIUS. Mis odas van á alcanzar
el mayor de los honores.
¡Unos labios seductores
las van aquí á recitar !

LÉPIDO. ¡Por la fuente del Parnaso!

GLÁUCO. ¿Quién es, Fúlvius?

FÚLVIUS. No lo sé,
ni deciros más podré...

LÉPIDO. Refiere, al menos, el caso.

FÚLVIUS. Entre olorosos jazmines ,
bajo un dosel oriental ,
junto al líquido cristal
que refresca sus jardines ,
la hallé una lira pulsando ,
y con acentos sentidos
mis «amores ofendidos»
oí que estaba recitando.

- GLÁUCO. ¿Versos tuyos recitaba?
 FÚLVIUS. Versos míos, Gláuco, sí;
 y al escucharla sentí
 que el pecho se dilataba!
- (*Recita.*) «Olas constantes de mi amor testigos.»
 ¡Oh, qué dulce entonación!
- CLÁUCO. ¿Olas de mi amor testigos?
 sigue, Fúlvius, sigue...
- FÚLVIUS. ¡Amigos!
- CLÓDIO. Termina tu relación.
 FÚLVIUS. Pues lo váis á presenciar,
 nada os debo ya decir.
 Mis «amores» váis á oír,
 que aquí los vá á recitar.
- LÉPIDO. Recibe mi enhorabuena.
 GLÁUCO. ¿Y es tan bella, Fúlvius?
 FÚLVIUS. ¡ Tanto!
- Y su voz tiene el encanto
 del cantar de la sirena.
 ¡ Como la nevada flor
 y la nácar transparente,
 ostenta la pura frente
 esa diosa del amor!
 Y si la contemplas, ves
 en su rostro los colores
 con que regaron las flores
 de Vénus los blancos piés.
- LÉPIDO. Un poema á su hermosura
 debes presentar mañana.
- GLÁUCO. ¿De dónde es?
 FÚLVIUS. Napolitana.
 GLÁUCO. ¡ De este sueño de ventura (*Aparte.*)
 no quisiera despertar!
 ¡ Si fuese... triste esperanza!

ESCENA XII

DICHOS, DIÓMEDES, *seguido de algunos esclavos y esclavas con flores y ramajes verdes que arrojan al suelo delante de la puerta de Diómedes.* GLÁUCO y FÚLVIUS *se apartan á un lado, hablan un momento y desaparecen.* PANSA y pueblo, *que se van colocando para presenciar la ceremonia.*

DIÓMEDES. ¡Vivo, esclavos, que la danza debe pronto principiar!

¡Oh, amigos míos! ¡Respetable edil! Mi mesa no es de las menos aceptables de Pompeya. ¿Por qué no habéis entrado á honrarla? Acabo de romper una hermosa y anciana cántara de Sorrento.

PANSA. Después de la ceremonia estaremos á la disposición del generoso Diómedes.

CLÓDIO. Pero, ¿y Gláuco? ¿y Fúlvius?

DIÓMEDES. ¡Gláuco! ¿Qué; estaba Gláuco aquí con vosotros, y no ha entrado en mi casa? Y mi Julia, que desde que ha sabido su llegada está ansiosa por decirle: «Eres un ingrato. Dejaste á Pompeya sin despedirte de tus amigos; vuelves al cabo de un año, y no te apresuras á saludar á los que más te quieren.»

LÉPIDO. Eso es natural en su genio olvidadizo y alegre.

DIÓMEDES. Sí, pero ella lo siente mucho, mucho. ¡Es tan sensible!...

PANSA. No deben tardar los vulcanistas, porque ya el pueblo se aglomera á las puertas del templo.

DIÓMEDES. ¡Y nosotros que esperamos la visita de esa hermosa napolitana!

CLÓDIO. ¿Qué napolitana?

DIÓMEDES. Esa extranjera que hace poco llegó á Pompeya, y que ya es amiga de mi Julia. Hablo de Yona.

CLÓDIO. Pues ¿no es griega?

- PANSA. Es de origen griego, pero Nápoles es su patria natal, y Arbaces su tutor.
- CLÓDIO. Amigos míos, el misterio se desvanece. ¿Sabéis á quién ama Gláuco?
- LÉPIDO. Sí, á Yona.
- DIÓMEDES. ¡Cómo á Yona!
- CLÓDIO. La historia que nos ha referido; las fatídicas palabras del egipcio; todo, todo concuerda.
- DIÓMEDES. ¡Adiós esperanzas mías! ¡Pobre Julia! (*Ap.*)
- LÉPIDO. ¡Hermosa mujer!
- CLÓDIO. ¿A quién sino á ella podía referirse Fúlvius?
- LÉPIDO. En este momento estará Gláuco á los pies de Yona.
- DIÓMEDES. (*Aparte.*) ¡Ay! ¡Pobre Julia! Cuánto sufrirá si recibe un desaire.
- LÉPIDO. Un lujoso faetón se acerca; es el de Yona.
- TODOS. ¡Yona!
- DIÓMEDES. Qué hermosa viene y cuánta grandeza la rodea. (*A una esclava.*) Anda, imbécil; dile á tu ama que el ofrecimiento va á dar principio, y que la napolitana llega. (*Vase la esclava.*)

ESCENA XIII

DICHOS, YONA *en lujoso faetón tirado por dos caballos que conducen otros tantos esclavos negros; muchas esclavas la siguen. A poco*

JULIA, *también con séquito de esclavas.*

CLÓDIO. Por el Olimpo entero, que Yona y Gláuco formarán la más hermosa pareja que los pompeyanos pudieron imaginar.

(*Sale Yona y todos se acercan á saludarla respetuosamente.*)

LÉPIDO. Podemos asegurar,
oh, bella napolitana,
que la imagen de Diana
acaba de despuntar.

DIÓMEDES. Llega á honrar mi casa Yona,
con tu presencia, pues eres
tan hermosa como Céres
y gentil como Belona.

(Yona baja del faetón, que á una señal de ésta lo llevan los esclavos.)

YONA.

¡Oh galantes pompeyanos!
Os devuelvo agradecida
el saludo.

CLÓDIO.

Bien venida.

YONA.

Mas, ¿quién estrecha mis manos?

(Nidia se ha ido aproximando hasta colocar sus manos sobre las de Yona.)

NIDIA.

Falta la luz á mis ojos...

YONA.

¡Oh, pobre niña! ¿Eres ciega?

NIDIA.

Sí, señora.

YONA.

Pues bien; llega.

No temas causarme enojos.

NIDIA.

Nidia es mi nombre, señora;
soy de Thesalia, florera...

YONA.

Algo tendrás de hechicera.

NIDIA.

Bien conozco al que te adora. *(Bajo.)*

En mi noche tan oscura,
tu rostro, Yona, concibo,
que, aunque en las tinieblas vivo,
sé dónde está la hermosura.

YONA.

Si vives en noche umbría,
¿con qué me comparas, Nidia?

NIDIA.

Con la música de Lidia,
y también con la poesía;
y de tu rostro el color
y tu frente celestial,
al perfume virginal
que nos regala esta flor.

(Besa una rosa, y se la ofrece á Yona, que la acepta.)

¡Fijala en tu rico broche,
y Minerva te bendiga!

YONA.

Y á tí te ilumine, amiga,
en tu interminable noche. *(Sale Julia.)*

¡Yona!

JULIA.

¡Julia!

YONA.

¡Qué alegría!

JULIA.

Cumplo mi palabra.

YONA.

Sí,

JULIA.

dulce amiga, ven aquí.
Ya tu tardanza sentía.

- YONA. Quise el aire respirar
tranquilo de la ribera,
y dimos una carrera
por las orillas del mar.
Pero, amiga, cosa rara;
hierve y ruje que da espanto,
y lo cubre un negro manto!
Nunca á verle así llegara.
- JULIA. ¿Y te has asustado?
- YONA. Mucho.
Oí decir á unas gentes
que están sus olas calientes,
y es la verdad.
- JULIA. ¿Qué escucho?
- DIÓMEDES. ¿Oyes, padre?
Sí, hija mía;
y se asustara cualquiera.
¡Oh, dioses, si se perdiera (*Aparte.*)
la flota de Alejandría!
Torcida hallaba mi senda;
mercader entonces muerto.
- JULIA. ¿Me llevarás luego al puerto?
- DIÓMEDES. Cuando termine la ofrenda.

ESCENA XIV

DICHOS, GLÁUCO y FÚLVIUS; á poco ARBACES

- YONA. (¡Gláuco! ¡Dioses!) (*Se sorprende al ver á Gláuco.*)
- GLÁUCO. (¡Yona del alma!)
- YONA. (Si notan mi turbación...
¡Ah, cobarde corazón,
qué pronto pierdes la calma!)
- JULIA. (*Con marcada ironía.*)
¡Qué turbación! ¡Yona! ¡Yona!...
- YONA. Quisiera continuar.
- JULIA. ¿Qué tienes?
- YONA. Un malestar. (*Queriendo disimular.*)
- GLÁUCO. Después recitarás, perdona.
(*Toma el pergamino de las manos de Yona y lo entrega á una esclava.*)

¡Amor mío! dulce amor, *(Al oído.)*

(Alto.) ven, y después seguirás.

(Coge respetuosamente la mano de Yona y se dispone á acompañarla á su asiento; pero Arbaces, que sale en este momento, se interpone.)

ARBACES.

Me corresponde á mí; ¡atrás!
son derechos del tutor.

ESCENA XV

YONA y ARBACES *(Ocupan un asiento de la derecha.)*

MÚSICA

Al compás de la orquesta salen: los Cíclopes en representación de los oficiales de herrero que trabajan en el averno á las órdenes de Vulcano; traen bigornias y martillos, con los cuales se acompañan en la música. Otros, representando Titanes, con escudos y grandes mazas. Las Oceanidas. Los Cancerberistas, cada uno con un perro, sujeto con collar y cadena. Otros vulcanistas que llevan el casco de Plutón, los rayos de Júpiter y el tridente de Neptuno, obras todas de Vulcano. Por último, conducen dos grandes jaulas que encierran un león y un tigre. Varios Sacerdotes del templo de Vulcano sacan procesionalmente hasta la puerta del templo la estatua de este dios. A su aparición crece el entusiasmo y dan vivas.—Baile.

TELÓN





ACTO SEGUNDO

CUADRO 4.º—La Maga del Vesubio

Obscura caverna en la montaña del Vesubio; respiradero en otro tiempo del fuego subterráneo, cuyo paso, aunque de muy lejana época, se advierte en los negros y desiguales peñascos de que está formada, y en las profundas grietas que la atraviesan en todas direcciones. La entrada está practicada en el foro y sobre un montón de renegridas rocas. A un lado, y sobre un tosco pedestal, se levanta la estatua de Hecate, formada por tres cráneos: el de un perro, un caballo y un jabalí. En uno de los rincones más apartados, un lecho de yerbas secas; hierve en el centro un caldero sobre una pequeña hoguera. La tormenta hace oír el estampido del trueno; el huracán brama en las rocas, y el fulgor de los relámpagos penetra por la entrada de la gruta. Una tosca lámpara de barro encendida.

MELODIA

ESCENA PRIMERA

La **MAGA**, sentada sobre una piedra, pálida y consternada, parece absorta en profundas meditaciones. Pausa larga. **ARBACES** aparece en la entrada de la caverna; pero tanto se confunde con la obscuridad, que sólo se distingue al resplandor de los relámpagos.

ARBACES. ¡Ah, servidora de la noche umbría!
¡De Hecate esclava! ¡Amiga de la muerte!
La negra tempestad mis pasos guía.
Del trueno en alas y del Bóreas fuerte,
al antro que te sirve de mortaja,
hoy llega tu señor,
y a saludarte baja.

(Cesa la música; descende Arbaces y llega hasta la Maga.)

MAGA. ¿Quién eres, dí, que mi señor te nombras,
y en hora extraña y sin temor al trueno
desciendes del Vesubio al hondo seno
de cruda tempestad entre las sombras?

ARBACES. Soy aquel que conoce en las estrellas
los signos misteriosos y fatales.

MAGA. El gran Hermes, ¡oh, dioses inmortales!
¿querrá á este sitio dirigir sus huellas?
Jamás del cinturón resplandeciente
el brillo vieron los ojos de esta Saga.

ARBACES. A ver si le conoces; mira, Maga.

(Arbaces se abre la túnica y muestra un ancho cinturón de oro y pedrería. La Maga, al reconocerlo, cae de rodillas. En el mismo instante brilla la luz de un relámpago que se confunde con una roja llamarada que, precedida de una columna de humo, brota de una grieta. Arbaces se sorprende; la Maga no se apercibe de este incidente.)

MAGA. Manda, señor.

ARBACES. Que... *(Pausa.)* El tártaro hirviente *(Aparte.)*
parece que contesta,
ó arroja una protesta
de Arbaces á la frentel *(Pausa.)*

Levanta, anciana, te lo permito. Hace muchos años, según creo, que habitas esta gruta.

MAGA. Sí, muchos.

ARBACES. ¿De dónde eres?

MAGA. Soy oriunda de la raza etruria.

ARBACES. ¿Y por qué al fijar tu residencia en una tierra extranjera, elegiste por morada las negras concavidades del Vesubio?

MAGA. Ese es mi secreto; pero siendo tú el poderoso Hermes, el gran Arbaces, el Señor del cinturón de oro quien me interroga, mi deber es contestar. Dígnate, señor, dirigir tus miradas sobre estas facciones lívidas, descarnadas y cadavéricas. No han sido los años los que marchitaron la frescura de mi rostro, nó.

ARBACES. Sigue.

MAGA. Han sido los sufrimientos. *(Pausa.)*

Hubo un tiempo... ya lejano,
 que á un hombre le consagré
 de amor eterno la fé,
 y darle mi vida y mano
 ante los dioses juré.
 Le amaba tanto, señor,
 que si era hermosa una flor
 y mi amante la miraba,
 celos una flor me daba,
 ¡que tan grande era mi amor!
 Una mujer... singular,
 vino la paz á turbar
 de aquel amor sin quebranto;
 ¡su amor me quiso robar
 á cambio de eterno llanto!
 ¡En mi pecho siento arder
 los celos con sus horrores!
 Y ya no eran de las flores;
 eran por otra mujer,
 ¡que son celos y dolores!
 Ante mi vista cruzaban,
 y en tropel se confundían,
 mil fantasmas que giraban
 y ¡venganza! me gritaban,
 y ¡ámale más! me decían.
 Y sin poderle olvidar,
 próximo el pecho á estallar,
 razón y calma perdidas,
 ¡en las selvas escondidas
 me oculto para llorar!
 Mis tristes ojos fijé
 en una flor, y noté
 que guardaba entre sus hojas
 el jugo de mis congojas,
 y cien veces la besé.
 «Yo quiero enjugar tu llanto—
 parecióme que decía—
 es mi jugo un filtro santo,
 si él lo bebe... —¡ay, me espanto!—
 recobrarás la alegría.»
 Cojo muchas como aquella;
 viva como una centella

hago un filtro, se lo doy...
 ¡y aun me parece que hoy
 oigo su triste querella!
 Ronco me dice: «¡Te amaba!»
 retorciéndose en el suelo!
 Yo le abrazo con anhelo
 y sus miradas buscaba,
 pero él las fija en el cielo!!
 ¡Oh, gran Hermes, mi dolor
 á explicártelo no acierto!
 ¡Sentí horrible torcedor
 al besar con loco amor
 las megillas de aquel muerto!!! (Pausa.)
 Temiendo al rudo castigo
 me vine á lejana tierra,
 y en el seno de esta sierra
 hallé soledad y abrigo.
 Aquí á inocentes pastores,
 y á los campesinos todos,
 anuncio de varios modos
 lo que han de ser sus amores.
 Ellos, en cambio, me dan
 para la vida sustento,
 y no me falta alimento,
 y siempre me sobra el pan. (Pausa.)

ARBACES. Triste es, por cierto, tu historia, Maga. Y en verdad que después de haberla oído, siento hacia tí compasión... y simpatía. Te prometo interponer mi ciencia y todo mí influjo, para que los astros se dignen tranquilizarte.

MAGA. Ah, señor... sí. Hace algunos días que me es imposible conciliar el sueño. Apenas entrego al descanso mi débil cuerpo sobre ese humilde lecho; un rumor lejano, pero terrible y amenazador, viene á turbar mi reposo. ¡Parece que de las profundidades de la montaña va á salir la sombra aterradora de mi amante!

ARBACES. Todo lo sé. Dime: alguna vez, ¿no has visto, al despertar, una sombra... de confusos contornos, que primero se eleva, luego se

agrandada, y por último, convertida en humo, huye de tus miradas?

MAGA. Sí, sí... He oído esta misma noche el continuo martilleo de los infernales talleres; después, los desesperados gritos de aquellos que perdieron la esperanza, y luego un chasquido como aquel que deben producir al abrirse las puertas del averno. He abierto los ojos, y una sombra negra, que cual humo se mecía sobre mi cabeza, se ha desvanecido, dejándome exenta de su pavorosa presencia, pero consternada y presa de mis tristes recuerdos!

ARBACES. *(Aparte.)* ¿Qué podrá ser? Alguna causa natural. Quizás el extinguido fuego, que según cuentan derritió en otro tiempo estas rocas, volverá á encenderse... Pero, es imposible... Ah, nó; de las cenizas, aunque frías por el transcurso de los siglos... Éste lugar no es el más seguro. *(Alto.)* Maga: todo cuanto has visto y oído, eran los precursores anuncios de mi venida á esta caverna. Te necesito: después que me hayas servido, la tranquilidad será contigo. Te anuncio veinte años más de una vida tranquila, exenta de sobresaltos.

MAGA. Habla, señor; manda á tu esclava.

ARBACES. Tú conoces, lo acabas de decir, esas plantas deletéreas, que hielan y paralizan la sangre, que debilitan y apagan la vida, aunque ésta se halle en su más plena juventud.

MAGA. Sí, las conozco. Cuando alguna vez abandono esta triste morada y salgo á respirar el aire puro de la montaña, mi predilecta ocupación es arrancar cuantas encuentro á mi paso, pues con ello creo dar á mi víctima una prueba de arrepentimiento.

ARBACES. ¿Y qué haces con ellas?

MAGA. Las conservo hasta que están completamente secas, y luego las entrego á las llamas.

ARBACES. ¿Posees algunas?

MAGA. Muchas, porque este es el tiempo en que flo-

recen. Los rayos solares del mes de Agosto depositan en sus venas el fuego que consume la vida.

ARBACES. Quiero verlas.

MAGA. Mira. *(Las saca de entre unas rocas.)*

ARBACES. Bien. Necesito que muera un rival aborrecido: un rival que, orgulloso de su juventud y hermosura, me ha lanzado, sin respeto á mi ciencia, el mayor de los ultrajes. Extrae en este momento el jugo de esas hojas y colócalo dentro de este pomo. *(Le presenta un pomo de oro y cristal.)* Arbaces sabrá recompensar este servicio.

MAGA. ¡Nunca!

ARBACES. ¡Miserable!

MAGA. Mátame, señor; pero ni los más atroces tormentos de que se valen las Furias, serán bastante para decidirme á qué repita la traidora acción, causa constante de mis lágrimas.

ARBACES. ¿Has premeditado lo que acabas de decir? ¿Sabes lo que es desobedecer un mandato de Arbaces, después de sorprender un secreto suyo? ¡Mira! *(La conduce á la grieta por donde brotó el fuego.)* A una voz mía pueden desgarrarse las rocas, abrir sus puertas el averno y sepultarte en él para siempre.

MAGA. ¡Ah, sí, ya sube el fuego! ¡Piedad, señor, piedad!

ARBACES. ¡El veneno!

MAGA. ¡El que arrancó la vida á mi amante!... ¡Jamás!...

ARBACES. El fuego infernal va á recibirte. *(Quiere conducirle á la abertura; ella se arroja al suelo.)*

MAGA. ¡Ah!... ¡Un momento, señor; un momento no más; escúchame! Has recibido ultrajes del hombre que preferirá la mujer que amas, ó que deseas... ¿no es así? Pues yo puedo entregarte un líquido que deje á ese hombre incapacitado para todos los actos de la vida, que le prive de la memoria, de la razón; que le vuelva loco. ¿Es bastante?

ARBACES. Hazlo.

MAGA. Está hecho.

ARBACES. ¿Tú me aseguras?...

MAGA. Al poco rato de beberlo, habrá perdido la facultad de pensar. Si así no sucediese, aquí te aguardo; ven y márame.

ARBACES. Toma, llena el pomo.

MAGA. Al momento. *(Saca una pequeña vasija de barro, y al mismo tiempo repara en que la grieta se va iluminando.)* ¡Pero el fuego se acerca! Puesto que te obedezco, manda que se retire, ó déjame que huya!...

ARBACES. ¡Llena el pomo! *(Con impaciencia.)*

MAGA. ¡Ah!... ¡Qué ruido!

ARBACES. ¡Llénalo, miserable, y todo cesará!

(La Maga, temblorosa, llena el pomo. Arbaces se apodera de él, y después de taparle rápidamente, lo guarda y se dispone á salir; la Maga, asida á su túnica, quiere detenerle ó seguirle.)

MAGA. Toma. ¡Crece el estrépito! ¡Señor, no me abandones sin mandar antes que se aquieten las Furias!

ARBACES. Voy á hacerlo; pero, ¡aparta, no me toques! tu contacto puede ser funesto al poder de Arbaces.

(Va á salir, y en este momento suena una terrible detonación. Algunos peñascos saltan de sus sitios; toda la caverna experimenta una sacudida de trepidación, que la hace cambiar de aspecto. La entrada queda cerrada, el espacio mucho más reducido y en completa obscuridad, pues la lámpara se rompe, y de la hoguera sólo quedan encendidos algunos humeantes tizones. Una densa humareda brota por todas las grietas.)

MAGA. ¡Ah!... ¡Me has sepultado en el abismo!

ARBACES. ¡Dioses! ¡Qué es esto!...

MAGA. ¡Señor!... ¡Señor!... ¡Oigo tu voz!... ¡Luz!... ¡Aire... aire... que me ahogo!... ¡Hermes!... ¡Gran Hermes!... ¡Poderoso Arbaces!... ¡Protéjame tu influjo, protéjame tu poder!...

ARBACES. Y á mi poder ¿qué influjo le protege?...

MAGA. ¡Ah!... me ahogo!... ¡Aire... me ahogo!...

(Cae y muere.)

ARBACES. ¡Brillad, centellas! ¡Otra vez al menos hiera mis ojos vuestra blanca lumbre!
¡Romped, oh, rayos, la pesada cumbre!
¡Quiero escuchar los espantables truenos!
(Pausa.)

ARBACES. ¡Maga!... ¡Maga!... ¡No conoces otra salida?
¡Maga!... ¡Aquí está!... ¡Muerta!... ¡Y habré de morir yo cuando tanto es mi poder...
(Con paso vacilante busca la salida.) ¡La salida!...
¡Ah... no puedo más!... (Cae. En este momento se repite el terremoto y vuelve á ensancharse el espacio, pero presentando una forma completamente distinta. Se derrumban las piedras que obstruían la entrada, y ésta queda mucho mayor que lo era en un principio. Sale por ella todo el humo y penetra un torrente de luz. La tormenta ha desaparecido, y es el amanecer de un claro día de Agosto.) ¡Aire... aire... luz!... (Se arrastra hasta llegar á la salida, y en ella respira con fuerza y libertad.) ¡Estoy en salvo... en salvo!... ¡Ha sido un terremoto que me priva de un testigo importante! ¡La población no se ha derrumbado! ¡Allí está mi poder! ¡Allí seguiré siendo el gran Arbaces!... (Vase.)

FIN DEL CUADRO CUARTO

CUADRO 5.º—El jardín del amor

Delicioso jardín en la casa de Yona. A un lado la estatua de Minerva; ricos asientos bajo un dosel oriental.

ESCENA II

YONA y ESCLAVA 1.ª *Otras con liras y arpas;*
á poco APAECIDES

YONA. Ya hemos dado gracias á Minerva, porque nos ha salvado con su poder de los estragos del terremoto.

ESCL. 1.ª Yona: tu hermano llega.

- YONA. Os podéis retirar. (*Vanse las esclavas.*) ¡Hermano de mi alma! .. ¡Siempre tan macilento! ¡Ah! ¿Qué no ofreciera tu hermana á los dioses por devolver á tu rostro su perdida lozanía?
- APAEC. ¡Ofrecer á los dioses?... ¿Y si no hubiese más que uno? ¿Y si fuesen una verdad las creencias de los nazarenos?
- YONA. Nó, Apaecides; no lo creas. El alma pocas veces se engaña, y nuestra alma siente el influjo de los dioses. Existen, sí, y su poder se advierte en cuantos objetos nos rodean. ¿Quién nos inspira el amor?
- APAEC. ¡El amor puro, un sér grande y sublime! Un rey, de cuyo esplendoroso trono es humilde alfombra esa inmensidad de astros que ruedan por el celeste firmamento. ¡Un rey santo! ¡Un padre cariñoso, ante cuya presencia acaso se encuentren aquellos seres queridos á quienes debemos la existencia! ¡Ay, Yona! ¡Ay, hermana mía! ¡Cuántas y cuán diversas emociones experimenta tu hermano!
- YONA. Ven, siéntate á mi lado. ¿A dónde estabas cuando tembló la tierra?
- APAEC. Salía del templo... acaso para siempre.
- YONA. ¿Y te has asustado mucho?
- APAEC. Mis pensamientos se habían remontado á un lugar donde no se tiembla; donde reina la ventura.
- YONA. No te comprendo.
- APAEC. Yona; nuestras almas se van á separar.
- YONA. ¡No lo digas!
- APAEC. Sí. Nuestra divergencia en religiones á ello nos obliga.
- YONA. Nó, Apaecides; hermano mío! Reflexiona bien lo que vas á hacer.
- APAEC. Lo he reflexionado bastante. Mi conversión costará la vida á un virtuoso anciano. Ingrato fuera mi proceder si faltase yo á las promesas que le hice. Hoy mismo recibiré el agua santa del bautismo. Antes, y en nombre de nuestros padres, quisiera hacerte un encargo. ¿Me lo permites?

- YONA. Para cumplir tus deseos, más que tu hermana, soy tu esclava. Manda.
- APAEC. ¿Es cierto que amas á Gláuco?... *(Pausa.)* No te ruborices.
- YONA. Es cierto.
- APAEC. ¿Cuándo empezó ese amor?
- YONA. En los últimos días que tuvo de vida nuestra madre.
- APAEC. Nada me digistes.
- YONA. Arbaces me aconsejó no insistir ni hablar de aquellos amores, que consideraba funestos para el porvenir de tu hermana.
- APAEC. Conozco los consejos de ese sabio. *(Con sarcasmo.)*
- YONA. Sus palabras y la muerte de nuestra madre, interrumpieron nuestras entrevistas. Algún tiempo luché entre lo que mi tutor consideraba un deber, y el amor que sentía hacia Gláuco. Al fin venció el amor. Sabía por él mismo que su residencia en los meses de verano era Pompeya, y la resolución que tomé de trasladarnos aquí, tenía por objeto volverle á ver y seguirle amando si era digno de que le amase...
- APAEC. Sigue.
- YONA. Yona le ama.
- APAEC. Ámale, sí. Que las guirnaldas de Himeneo adornen pronto vuestra puerta. Termine cuanto antes esa tutoría, á la que hoy tengo irreconciliable aversión, y recuerda quién eres si algún hipócrita pretende empañar el brillo de tu pureza con torpes halagos y mentidas promesas.
- YONA. Apaecides; los dioses me preservarán, y tu hermana sabrá morir antes que manchar la preclara memoria de nuestros padres.
- ESC. 1.^a *(Saliedo.)* Yona; Gláuco te suplica permiso para llegar á tu presencia.
- APAEC. Recíbelo; yo, entre tanto, voy á cumplir un sagrado deber, y pronto volveré. Voy á darle el último adiós á un desgraciado que, preso en los calabozos del foro, espera resignado la fatal hora de su martirio.

ESCENA III

YONA, y á poco GLÁUCO

- YONA. ¡Pobre hermano mío! ¡Oh, dioses justos! perdonadle. Y tú, casta Minerva, á cuya sabiduría deben las naves el timón, guía los pasos de mi desgraciado hermano en el confuso mar de sus dudas, y devuélvele la calma!
- GLÁUCO. *(Saliendo. Aparte.)* Radiante de pureza! ¡Oh, cuán dichoso es el hombre que consigue ser amado por un sér tan perfecto! *(Alto.)* ¡Yona!
- YONA. ¡Gláuco!
- GLÁUCO. ¿Orabas?
- YONA. Sí.
- GLÁUCO. También yo he dirigido fervientes oraciones; ¿y sabes por quién? Por tí.
- YONA. ¿Por mí?
- GLÁUCO. Sí. Cuando sentí que bajo mis plantas temblaba la tierra, también yo temblé, Yona mía, por tí. ¡Te amo tanto!... Díme, ¿te has asustado?
- YONA. Sí, mucho. Es tan imponente y aterrador sentir esos estremecimientos de la tierra...
- GLÁUCO. ¿Y oíste aquel ruido subterráneo de que venían acompañadas las convulsiones terrestres?
- YONA. Sí. ¿Qué podrá ser?
- GLÁUCO. Plinio ha prometido explicarlo.
- YONA. ¿Y es cierto que se han hundido varios edificios?
- GLÁUCO. Sí; pero las víctimas no han sido tantas como las que sucumbieron en el terremoto que experimentó la campania hace dieciseis años.
- YONA. Confusamente lo recuerdo. ¡Qué felices éramos entonces mi hermano y yo!
- GLÁUCO. ¿Qué os falta hoy?
- YONA. La dulce compañía de aquellos que nos dieron el sér y despertaron en nuestros corazones los sentimientos de amor.

- GLÁUCO. ¿Y en nada podrá el mío recompensaros de tan sensible pérdida? (*Pausa.*)
- YONA. ¿Has oído hablar de esa nueva secta, cuyos creyentes se llaman nazarenos? Dicen que son ateos. Cuéntame lo que de ellos sepas.
- GLÁUCO. Tenazmente los persiguen, y muchos han sido arrojados á las fieras (*Movimiento de Yona.*); pero en realidad no son ateos. Creen en la inmortalidad del alma, en el premio y castigos de nuestras acciones; creen, en fin, en un Dios.
- YONA. ¿Sólo en uno?
- GLÁUCO. Sí; en El solo reasumen todas las atribuciones de los demás. Le consideran como rey omnipotente y creador de cuanto existe?
- YONA. Pero eso es un error. Eso es lo mismo que despojar á muchos de sus derechos y riquezas adquiridas y respetadas para encerrarlas en el palacio de un rey, cuya sabiduría y beneficios que de ésta pudieran dimanar, no estén materialmente probados.
- GLÁUCO. ¡Quién sabe!... Acaso lo estén. Hay tanto de sangriento é inhumano en nuestras prácticas religiosas... ¡Pobres mártires!
- YONA. ¿Qué significa esa extraña emoción?
- GLÁUCO. La última palabra que pronunció mi padre fué el nombre de Jesús.
- YONA. Y... ¿acaso... tú?...
- GLÁUCO. ¡No, Yona mía! ¡Te amo tanto, que mis pensamientos son tuyos, tuyo mi amor, y mis dioses son tus dioses!

ESCENA IV

◇ ICHOS; ARBACES, que ha salido un momento antes y ha oído las últimas palabras de Gláuco.

- ARBACES. ¡Oh, qué galante encuentro al ateniense!
- GLÁUCO. ¡Y cuán poco discreto llega el egipcio!
- ARBACES. ¿Te extraña?
- GLÁUCO. La sorpresa. Pudieras haberte apoderado de algún secreto que me conviniese ocultar.

ARBACES. No considero la amistad de mi querida pupila con bastante derecho para ser depositaria de tus secretos. Sin embargo, otra vez haré anunciar mi llegada para no molestar á Gláuco, en caso que tenga la satisfacción de encontrarle al lado de Yona.

GLÁUCO. ¡Arbaces!

ARBACES. ¡Gláuco!

YONA. Amigos míos. Os ruego que la discordia no se interponga entre vosotros.

ARBACES. Digno es Gláuco de amistad; mas si él me consagra la suya, ¿qué puedo ofrecerle en cambio? Los festines, los caballos y los dados no forman ya parte de mis ilusiones. La amistad de un hombre de mis años no retribuye bien la del joven bullicioso, alegre y lleno de amores.

GLÁUCO. Cuando el tiempo enerve el poder de mi juventud, ¡por los dioses que no me rodearé de ciertos hechizos que la ley reprueba y á la sociedad repugnan!

YONA. Gláuco. Si estimas en algo el amor de Yona, te suplico cese esta contienda.

GLÁUCO. Yona; los dioses queden en tu compañía. *(Saluda respetuosamente á Yona, y vase.)*

ESCENA V

YONA y ARBACES

ARBACES. *(Aparte.)* ¡Su amor! ¡Oh, no será!

YONA. *(Aparte.)* ¡Cuánto le amo! *(Alto.)* Perdónalo, Arbaces.

ARBACES. ¡Imposible! ¡Castigaré su insolencia!

YONA. ¡Que lo perdone te suplico!

ARBACES. Si un día en Nápoles, al conocer esos amores, te aconsejé que desistieras de ellos, hoy te lo mando!... Nó, no debo mandártelo. ¡Es-timo tanto tu honor!...

YONA. ¡Mi honor!... ¡Hablas de mi honor!... ¡Qué quieres decir?... ¡Contéstame, te lo suplico!

ARBACES. A imitación de las mujeres romanas, recibe

en tu casa las visitas de los sabios, de los poetas, de tus admiradores; pero procura no dar lugar á que algún miserable manche con sus palabras...

YONA. ¡Arbaces!... lo repito; ¿qué quieres decir? Sé que tu cariño hacia esta pobre huérfana es grande...

ARBACES. ¡Oh!... ¡Sí!... Inútilmente buscaríamos frases con que poder expresar mi cariño!... ¡Es un amor que prescinde de todo atractivo terrenal! Es el amor más grande que un alma puede consagrar á otra alma! ¡Solo Platón soñó un amor de este género! ¡El amor que por tí late en mi pecho!...

YONA. Sí, lo comprendo; ¡es el amor de un padre! Pues bien; en nombre de ese amor paternal, explica tus palabras. ¿Qué infame calumnia quieren arrojar sobre ese joven griego?

ARBACES. ¿Crees que Arbaces sea capaz de inventar una calumnia?

YONA. ¡Habla!

ARBACES. Pues bien; yo mismo, en los baños públicos, hace poco he oído á ese extranjero alabarse de tu pasión, asegurando que nunca será tu esposo, porque...

YONA. ¡Sigue, sigue!

ARBACES. No quiero ruborizarte ni manchar mis labios...

YONA. ¡¡Mentira!!... ¡Imposible! ¡Tú no lo has oído! Conozco tu nobleza; ¡le hubieras arrancado la lengua! Además, su limpia frente no abriga esos viles pensamientos!

ARBACES. Puesto que dudas de mis palabras...

YONA. (*Llorando.*) ¡No; si no dudo! ¡Sí es que no me atrevo á creerlo!

ARBACES. Puesto que dudas de mis palabras, ¿dudarás de mi ciencia? ¿Quieres seguir tú misma sus pensamientos? Sin temor á los dioses, cuyo poder ha hecho temblar la tierra, ahora mismo va á reunirse en sacrílega orgía con sus disipados amigos. ¿Quieres saber, por medio de mis oráculos, qué lugar ocupa tu nombre

en ese festín? ¿Quieres conocer, desgraciada, el porvenir de ese funesto amor?

YONA. ¡Sí, lo deseo! No son tus palabras el hielo que paraliza! ¡Son el fuego que más alienta la llama de mi corazón!

ARBACES. Partamos. Por primera vez vas á penetrar en la casa de Arbaces. Vas á colocarte frente á sus oráculos. No perdamos tiempo.

YONA. Avisaré á mis esclavas.

ARBACES. Nó; serían importunas. Solos iremos.

YONA. ¡Sola?...

ARBACES. Ocultarás tu rostro bajo del velo.

YONA. ¿Por qué ocultar mi rostro?

ARBACES. Porque es perla tan delicada que, fuera de su concha, hasta el contacto del céfiro puede serle importuno.

YONA. Sí... pero sola y ocultando el rostro...

ARBACES. ¿Qué importa, si vas con tu segundo padre?... Si vas con Arbaces. (*Pausa.*) ¿Vacilas?... ¿Sientes descubrir la verdad por tus propios ojos?

YONA. (*Con pronta resolución.*) ¡Partamos! (*Vánse.*)

FIN DEL CUADRO QUINTO

CUADRO 6.º—El filtro

Reducida habitación; tocador en la casa de Julia. Puertas al foro.
Todo con la grandeza de este clásico tiempo.

ESCENA VI

JULIA, BIA; á poco SOSÍA; después NIDIA

BIA. Ya llega el esclavo de Arbaces, y también espera Nidia.

JULIA. Dí á la ciega que espere un momento; halá-gala cuanto puedas... y que pase el esclavo.
(*Vase Bia.*)

- Sosía. *(Sale.)* Salve, Julia.
- JULIA. Entra.
- Sosía. Esta caja deposito en tus manos de orden de mi señor, de Arbaces.
- JULIA. ¿Has de llevar respuesta?
- Sosía. Un escrito de tu propia mano, que diga que la has recibido cerrada.
(Sobre un velador escribe con un pequeño estilu en una tablilla de marfil, que después entrega á Sosia.)
- JULIA. Puedes retirarte. *(Vase Sosia.)* ¡Oh, Vénus! una estatua de oro te ofrezco si me ayudas en esta ocasión. Aquí está el filtro poderoso que postará á mis pies á ese hombre. Quiero verle humillarse, no para tenderle una mano amiga, nó; ¡para despreciarle! ¿Qué digo? ¡Imposible, porque le amo! Dijo que era necesario hacerle participar del calor de mi pecho.
(Abre la caja, saca el pomo y lo guarda en el pecho.) Oigamos ahora el parecer de esta ciega. Todas las mujeres de Thesalia tienen fama de hechiceras. Además es esclava de Gláuco, y por ella puedo saber si ama á Yona. ¡Bia! *(Llamando.)* Que pase Nidia.
- NIDIA. *(Entrando.)* Salve, Julia.
- JULIA. ¡Nidia! ¡Hermosa florera!... ¡Oh, qué lástima que tus bellos ojos estén privados de luz.
- NIDIA. La pobre ciega te agradece el sentimiento que te causa esta desgracia.
- JULIA. Ven, amiga mía; siéntate á mi lado.
- NIDIA. Advierte que soy una esclava.
- JULIA. ¿Y por qué eres esclava? Tu belleza, tu porte y tus palabras, son distinguidos.
- NIDIA. Dices bien; ilustre es mi familia.
- JULIA. ¿Y tú esclava?
- NIDIA. Fuí robada á mis padres, y luego vendida en Pompeya por un mercader de esclavos.
- JULIA. Pues vas á ser libre.
- NIDIA. ¿Libre?
- JULIA. Sí, Julia, te lo prometo. Dime, Nidia: tú, como todas tus compatriotas, sabrás mucho de sortilegios, de magia, de filtros y de talismanes.
- NIDIA. Ciertamente que nó. Soy muy joven.

- JULIA. ¡Por Diana! Nada me ocultes. Aunque eres joven, no habrás dejado de sentir alguna vez los efectos del amor. ¿Sabes, ó puedes calcular lo que es amar á un hombre con locura; no poder olvidarle ni un instante; depositar en las aras de su recuerdo toda la esencia, todos los latidos de un amante corazón, y recoger en cambio indiferencia, frialdad, olvidos y desprecios?
- NIDIA. ¡Yo!... ¿Me preguntas si sé lo que es amar con locura á un hombre hasta el extremo de no poder arrancar su imagen querida de mi pensamiento; si he quemado, no la esencia, el corazón entero en las aras del amor, y sí en cambio he recibido indiferencia? ¿Si la razón me ha dicho que pierda toda esperanza? ¿Si el destino me ha condenado á un sufrimiento interminable? ¡Oh! *(Riendo.)* Ciertamente que nó. Ya ves... ¡Soy esclava, y las esclavas no debemos tener corazón!
- JULIA. Sin embargo, tus palabras son de una mujer que se halla en mi caso.
- NIDIA. ¿Qué le sucede á la bella Julia?
- JULIA. Ya te lo he dicho: amo á un hombre, y este hombre...
- NIDIA. Ama á otra. ¿Quién es?
- JULIA. Un extranjero.
- NIDIA. *(Aparte.)* ¡Es Gláuco! *(Alto.)* ¿Es Gláuco?
- JULIA. No. ¿Por qué lo preguntas?
- NIDIA. Por... que si fuese Gláuco... yo soy esclava suya...
- JULIA. Nó es Gláuco.
- NIDIA. *(Aparte.)* Sí es.
- JULIA. Gláuco ama á otra... ama á Yona.
- NIDIA. Es cierto; pero por lo mismo...
- JULIA. Ya te lo he dicho: no amo á Gláuco. Pero amo á un ingrato que ha olvidado sus promesas. ¿Conoces algún hechizo que pudiera hacerle recordar su amor?
- NIDIA. Qué hechizo podré yo hacer, miserable esclava, superior al que los Dioses colocaron en tu rostro.

- JULIA. Lisonjera estás, y no te dueles de mi afán.
- NIDIA. Te puedo asegurar que tu dolor es mi dolor.
- JULIA. Hay filtros que inspiran amor.
- NIDIA. Es cierto, los hay.
- JULIA. ¿Tú los has visto?
- NIDIA. *(Sonriendo.)* ¿Yo?... ¿Has olvidado que soy ciega?
- JULIA. *(Con desesperación.)* Es cierto; eres ciega *(Aparte.)* y una miserable esclava. *(Alto.)* Puedes retirarte.
- NIDIA. Sí; pero antes escucha. Aunque soy ciega, veo lo que sufres, porque conozco estas luchas del corazón. ¿Qué quieres que te diga? ¿Qué quieres que te adivine? ¿Si ese hombre te ama? Un secreto presentimiento me dice que nó. Te aconsejo que le olvides. Estoy segura que si apelo á la magia, ésta será la contestación.
- JULIA. ¿Dices que estás segura?
- NIDIA. Lo estoy. No veo tu semblante; no puedo estudiar el efecto que mis palabras producen en tus ojos, porque no tengo luz en los míos; pero veo con los ojos del espíritu y penetro en lo material. Si ese extranjero te olvidó, es que no llegó á amarte. ¡El verdadero amor nunca olvida!
- JULIA. ¡Oh!... ¡Yo haré que me ame!
- NIDIA. ¡Nunca!
- JULIA. ¿Y si tuviese en mi poder un filtro poderoso?
- NIDIA. *(Aparte y con rapidez.)* Voy á robárselo. *(Pausa.)* ¿Un filtro?... Hay muchos que para nada sirven.
- JULIA. Pero ¿los hay eficaces?
- NIDIA. Sí.
- JULIA. ¿En qué se conocen?
- NIDIA. No debo decírtelo. Es un secreto de mi patria, y que nosotras las thesalienses solo conocemos.
- JULIA. Toma esta cadena de oro. Vale mucho más de lo que necesitas para comprar tu libertad. Por los dioses te lo suplico. Vas á decirme si este filtro es verdadero. *(Lo saca.)*
- NIDIA. ¿Quién te lo ha proporcionado?

- JULIA. Un sabio... de Roma.
 NIDIA. Trae. (*Aparte.*) Ya está en mi poder; ya es mío.
 JULIA. Me ha asegurado que haciéndole participar del calor de mi pecho, volverá á amarme ese hombre desde el momento que lo beba.
 NIDIA. Pudiera ser...
 JULIA. ¡Qué piensas?
 NIDIA. Voy á hacer un experimento... Julia... necesito estar sola unos instantes para evocar los espíritus infernales.
 JULIA. Te dejo.
 NIDIA. Espera. Cierra todas las puertas. He de quedar en completa obscuridad y sin que nadie, nadie, ¿lo entiendes? se atreva á dirigir una mirada hacia este sitio. Si así no sucede, serán inútiles mis evocaciones.
 JULIA. Quedarás completamente sola.
 NIDIA. Yo llamaré cuando termine. (*Vase Julia cerrando las puertas.*)

ESCENA VII

NIDIA; después JULIA

- NIDIA. ¿Estaré completamente sola? (*Escucha y registra.*) Sí. ¡La fortuna pone en mis manos este rico tesoro! ¡Mío será el corazón de Gláuco! ¿Qué hacer? ¿Cómo robar, cómo llevarme este licor precioso?... ¡Ah!... Aquí debe haber pomos con esencias, porque estoy en el tocador de esta orgullosa. (*Busca sobre un velador.*) Sí... aquí hay varios. (*Coge un pomo, lo destapa y lo pone boca abajo para desocuparle; cambia el líquido del primer pomo á este segundo, guardándolo después en el pecho y llenando aquél de agua de una palangana de plata.*) Ya está y nada tengo que hacer aquí. (*Llamando.*) ¡Julia, Julia!
- JULIA. (*Sale.*) ¿Has concluído?
 NIDIA. Sí. Ven; ¡yo misma lo colocaré en tu pecho!... ¡Ah!... ¡Es un verdadero filtro; es un tesoro! ¡Consérvalo en tu pecho hasta el momento preciso! ¡Con talismanes como ese, el triunfo

es seguro! ¡Tuyo será el amor de ese extranjero!

JULIA. ¿Me lo aseguras?

NIDIA. Te lo aseguro... y podría jurarte que es obra de una thesaliense.

JULIA. ¡Gracias, Nidia, amiga mía! ¡Desde hoy puedes contar con la amistad y la protección de la opulenta Julia! ¡Serás libre en el momento que lo desees! ¡Tendrás todo cuanto quieras, cuanto ambiciones!

NIDIA. ¿Conque tendré todo cuanto ambicione?

JULIA. ¡Sí, Nidia, porque me dejas dichosa!

NIDIA. ¡Gracias, Julia, porque me voy feliz! (*Váase abrazadas.*)

FIN DEL CUADRO SEXTO

CUADRO 7.º—El festín de la muerte

Fantástico y brillante salón de los festines en el palacio de Arbaces. Graciosos y ligeros grupos de columnas de oro y guirnaldas de flores se elevan hasta la techumbre, formada ésta con transparentes pabellones de paños azules, salpicados con estrellas de plata. Algunos grupos aéreos, que representan los pasajes más voluptuosos de la religión pagana, como Adonis recostado en los brazos de Vénus; Diana en el carro de la Luna, contemplando el sueño del joven Endimión; Leda acariciando á Júpiter, etc. Varios tripodes de exquisitas maderas y oro, sostienen artísticos pebeteros que exhalan en blancas espirales de humo las esencias de la mirra y el incienso. En el centro, una gran mesa con manjares y licores en copas de cristal de rosa y oro.

ESCENA VIII

ARBACES, YONA, NINFAS, CUPIDOS, LAS HORAS;
después los ESQUELETOS; vienen éstos provistos: el primero de una antorcha agonizante; los demás con un reloj de arena.

MÚSICA

Baile ó danza de Cupidos, de Ninfas y de Las Horas. Entretanto unas rodean á Arbaces y beben en su compa-

nia; otras arrojan flores á los pies de Yona, que, sentada en un rico diván, todo lo contempla con estupor y repugnancia. La Ninfa 1.^a se sienta al lado de Arbaces y brinda con una copa. Otras tocan harpas y liras.

Aparece el ESQUELETO 1.^o

ARBACES. ¡Triste fantasma, sin aliento, hueca,
ya estás en la mansión de los placeres;
abre tu boca sonriente y seca,
y dinos lo que buscas;
sepamos lo que quieres!

Esq. 1.^o *(Salen todos los Esqueletos.)*
Bebe del néctar que en las copas arde,
adorna tu frènte con la verde hiedra;
goza hoy, mañana será tarde;
contempla lo que soy,
lo que fuí recuerda. *(Descubriendo el pecho.)*

BAILE

Danza general. Los Esqueletos, en último término, simulan un baile muy pausado, acompañándose al son que producen sus manos rasgando sobre las costillas. Aparece la alegoría del Tiempo.

TELON





ACTO TERCERO

CUADRO 8.º—Un banquete clásico

Magnífico tridinium ó comedor en la quinta de Gláuco. Casa conocida hoy bajo el nombre de «Casa del poeta».—En el centro de la escena una gran mesa, y sobre ella vistosos platos de manjares, vasos y copas de oro y cristal, y una estatua pequeña de Baco; asientos con lujosos almohadones.

ESCENA PRIMERA

GLÁUCO, FÚLVIUS, CLÓDIO, LÉPIDO, PANSA
DIÓMEDES, ESCLAVAS y ESCLAVOS

(Gláuco y los demás convidados se sientan alrededor de la mesa, y las esclavas los coronan de yedra. Los esclavos empiezan á servir la mesa, saliendo y entrando con platos, copas y ánforas.)

Á BACO

GLÁUCO. Ved su frente coronada
de pámpanos y racimos.
Ved en sus labios risueños
un amoroso suspiro.
Ariazna lo recoge

recostado entre tomillos,
 que son el lecho nupcial
 de la hermosa hija de Minos.
 Ved al vencedor del Ganges,
 á quien los tigres, sumisos,
 en su gran carro triunfal
 le pasean por el Indo.
 Ora entre pámpanos verdes
 le veréis, con sus hechizos,
 cegar á Alctis hermosa
 con la venda de Cupido.
 Ora en el profundo averno
 pasar gozoso el Stygio,
 y alcanzar de Proscpina,
 reina de aquellos dominios,
 la más vehemente pasión
 que en su pecho hubo sentido.
 Y en la guerra. y en la paz,
 y en las viñas, y en los sitios
 donde noche tenebrosa
 arranca trites gemidos,
 siempre gozoso y alegre,
 con su corona y su tirso,
 canta, danza y enamora,
 el dios amante del vino.

- TODOS. ¡Bien! ¡Bien!
- CLÓDIO. Amigo Gláuco: eres un poeta.
- GLÁUCO. No, en verdad; pero rindo culto á la poesía.
- DIÓMEDES. Hagamos nuestras religiosas libaciones y dé principio el festín.
(Todos brindan con las copas llenas.)
- GLÁUCO. Por Baco.
- TODOS. Séanos propicio. *(Beben.)*
- DIÓMEDES. Sea esta la última copa que apuran mis labios, si no es este el vino mejor de Pompeya.
- GLÁUCO. Esclavo: aproxima esa ánfora, y leamos su edad.
- PANSA. Es de Chío, y su edad, cincuenta años.
- DIÓMEDES. Lo repito: es el mejor de Pompeya.
- GLÁUCO. No lo tendrás en tus bodegas de más edad y mejor calidad.

- DIÓMEDES. En cuanto á lo primero... sí; pero en calidad es imposible superarle.
- GLÁUCO. No lo creáis, amigos. Nos quiere sorprender en el banquete que nos prepara.
- DIÓMEDES. Celebraremos en mi casa el regreso de nuestro amigo Gláuco. Pondré á vuestra disposición excelentes vinos de Chipre, Falerno y Sorrento; pero ninguno igualará á éste.
- LÉPIDO. Brindo por las tres gracias.
- GLÁUCO. Debes apurar tres copas.
- LÉPIDO. Esclavo: pon bastante miel y nieve en los vasos y llena tres hasta el borde; quiero obedecer á Gláuco.
- CLÓDIO. A propósito de obediencia. No hemos nombrado al rey del festín.
- GLÁUCO. No debiéramos nombrarle.
- CLÓDIO. ¿Por qué?
- GLÁUCO. Porque habiendo jurado no obedecerle á ninguno, no creo que para disfrutar á placer estos manjares necesitemos crearnos un dictador.
- DIÓMEDES. No soy de tu parecer, y voy á explicarme.
- TODOS. Veamos.
- DIÓMEDES. *(Con tono solemne.)* Debemos coronar al rey del festín; pues si bien yo no le necesito, porque los dioses me dotaron de buen apetito y gran estómago, el rey vigila y da las órdenes precisas para que todos, absolutamente todos sus súbditos, consuman hermosos tajos de carne y apuren hasta el fondo las dulces copas de vino.
- TODOS. ¡Bien! ¡Bien!
- GLÁUCO. Bien por Diómedes; pues aunque él no necesita dictador, lo desea proclamar por el bien de sus compañeros.
- VARIOS. A nombrarle.
- GLÁUCO. Sea como queráis.
- CLÓDIO. ¿Echamos los dados?
- LÉPIDO. Nó. Corresponde la elección á Gláuco, en cuyo honor estamos reunidos.
- FÚLVIO. Nómbrale, Gláuco.
- GLÁUCO. Amigos, accedo á este sacrificio.

- CLÓDIO. ¿Por qué?
- GLÁUCO. Porque esas ánforas contienen la ardiente sangre del racimo, que pronto obligará al monarca á despojarse de su real jerarquía.
- FÚLVIUS. ¿Es decir, amigo Gláuco, que esperas que nuestro rey se tomará del vino?
- GLÁUCO. Tal vez. *(Sonriendo.)*
- CLÓDIO. Queda prohibido al rey el uso del vino.
- FÚLVIUS. Y debemos imponerle el sacrificio de que coma muy poco.
- DIÓMEDES. *(Con la boca llena.)* Gláuco, no me nombres á mí. Yo aceptaría este reinado, si me permitiéseis tragar por veinte, pero con restricciones... nunca.
- GLAUCO. No es costumbre entre nosotros que el rey se sacrifique por los demás.
- LÉPIDO. Sea como quieras; pero te rogamos hagas la elección.
- GLÁUCO. *(Sonriendo.)* Voy á faltar á mis juramentos. ¡Oh, Pansa! Noble Edil: tú eres el elegido. Recibe las insignias reales: tú eres el rey del festín.
- PANSA. Acepto la honra, y prometo ser un monarca justo.
(Gláuco entrega á Pansa un tirso que trae un esclavo.)
- LÉPIDO. Brindemos por el rey del festín.
- PANSA. Esclavos: ¡llenad las copas, traed un ánfora de Lésbos! ¡Servid otros manjares! ¡Viva la alegría! ¡Viva la juventud!
- DIÓMEDES. ¿Qué nuevo manjar es este?
- GLÁUCO. Un cabrito.
- DIÓMEDES. Excelente.
- PANSA. Llenad, coperos. No déis tregua.
- FÚLVIUS. Noble Edil: ¿qué noticias tenemos del Senado? ¿Será arrojado ese pobre loco, ese cristiano, á las fieras?
- PANSA. Creo que sí.
- GLÁUCO. Pobre viejo... me da lástima.
- DIÓMEDES. *(Con la boca llena.)* A mí nó.
- PANSA. Si esos ateos llegasen á triunfar, no la tendrían de nosotros.
- LÉPIDO. Diómedes, ¿por qué no te sacrificas por él?

DIÓMEDES. Porque estoy ocupado. Que se sacrifique Pansa.

PANSA. Yo tengo poca agilidad.

GLÁUCO. Me entusiasma ver á un hombre delante de su enemigo, sostener la lucha con heróico valor y levantar orgulloso la cabeza, después de la victoria; pero mi corazón se contrista cuando contemplo á un sér que piensa y ama cerca de una fiera obligado por una torpe ley á sostener tan desigual combate! ¡Cuán amargas serán sus últimas reflexiones! Debiérais los romanos abolir esa costumbre.

PANSA. No tal. Los gladiadores se van afeminando y sólo se atreven á sostener combate con los toros. Pero advierto que Fulvius no bebe. ¡Escavos, llenad los vasos! *(Lo hacen.)*

(Entrando, comen, beben y brindan con alegría. En Gláuco se advierten señales de embriaguez.)

GLÁUCO. ¡Ah, Yona! .. ¡Yona mía, cuánto te amo!

DIÓMEDES. *(Que no ha cesado de comer y beber, al oír á Gláuco, arroja el cubierto y dice):* ¡Pobre Julia!

GLÁUCO. ¡Por los Dioses! ¡Que venga mi ciega!

FÚLVIUS. ¿Vas á hacerla cantar algunas de esas canciones al estilo de Thesalia?

GLÁUCO. Nó. Quiero hacerla mensajera de esta Psiquis que va á depositar á los pies de mi Yona.

(Gláuco agarra una pequeña estatua de mármol que habrá sobre una de las mesas.)

ESCENA II

DICHOS y NIDIA

NIDIA. ¿Me llama Gláuco?

GLÁUCO. Sí, Nidia; en este momento llevarás á Yona esta estatua; entrégasela de mi parte, y la dices que la amo cuanto es posible amar.

DIÓMEDES. ¡Ay! ¡Pobre Julia!

(Diómedes da un salto y cae al suelo. En el mismo instante, y al pasar la estatua de las manos de Gláuco á las de Nidia, que se asusta al grito de Diómedes, cae al suelo y se hace pedazos. Sorpresa general. Pausa larga.)

- TODOS. ¡Dioses!
- GLÁUCO. ¡Nidia!... ¿Qué has hecho?
- NIDIA. *(De rodillas.)* ¡Perdóname!... Soy ciega... y torpe. ¡Ah, mi bienhechor!... ¡Perdóname!
- PANSA. ¿Qué te anunciará el destino?
- GLÁUCO. Levanta, Nidia; puedes retirarte.
- NIDIA. No lo haré sin que me hayas perdonado.
- GLÁUCO. ¡Sí, hija mía! Yo te perdono. Sé que eres buena y yo te quiero mucho. ¡Esclavas, festejarnos con vuestras danzas!

MUSICA

Gran baile de Esclavas.

- PANSA. Ha terminado el festín. Estamos cansados... Además, tenemos muchas ocupaciones, á causa de los juegos del anfiteatro.
- GLÁUCO. Esclavos: seguid á mis amigos hasta el vestíbulo.
- VARIOS. ¡Adiós, Gláuco!
- GLÁUCO. Adiós.
- OTROS. Adiós.
- (Vánse seguidos por los músicos, que tocan un himno, el cual puede ser tocado por la misma orquesta.)*

ESCENA III

GLÁUCO, abatido y en estado de completa embriaguez.

NIDIA, cabizbaja.—Pausa.

- GLÁUCO. ¡Qué me anuncias, oh destino!
- NIDIA. ¡Causa soy de tu tristeza!
¡Oh... castiga mi torpeza!
- GLÁUCO. Nidia, nó; ¡qué desatinol
De luz privados tus ojos...
algo torpe yo también...
mas no temas, hija, ven.
Para tí no tengo enojos.
Yo te quiero...
- NIDIA. Gláuco, sí?
- GLÁUCO. Soy, como siempre, tu amigo.

Sólo te impongo un castigo.

NIDIA. Tu esclava soy. (*Arrodillada.*)

GLÁUCO. Alza.

NIDIA. Dí.

GLÁUCO. Siento aquí, en el corazón,
bella Nidia, un malestar!
y me puedes consolar
con una dulce canción.

NIDIA. ¿Amas tanto?

GLÁUCO. ¡Tanto... tanto,
que casi Gláuco delira!

¡Los acentos de tu lira
pueden arrancarme el llanto!

¡Pueden mi alma transportar
de mi Yona á la presencia!

¡Que á mí me falta en su ausencia
ambiente que respirar!

¿Has sentido tú el amor?

¡Qué pregunta!...

NIDIA.

GLÁUCO.

Ven, contesta.

¿O te guardas para Vesta?

(Torpe; ofendo su candor.

Y es una pobre mujer,
aunque esclava, con pureza...

¡Tanto vino... mi cabeza!

Menos debimos beber.

Estas costumbres de Italia...

¡Tengo ganas de llorar!)

Oh, Nidia; vas á cantar

al estilo de Thesalia.

Y mientras tu voz entona

gratos amores de Apolo,

aunque me han dejado solo,

brindaré yo por mi Yona.

¿No es esto raro? ¿Te extraña?

NIDIA.

¿Por qué, Gláuco? No, en verdad;
ni estás en la soledad,

porque Nidia te acompaña.

Y si mi amo... permitiera...

GLÁUCO.

¿Qué?

NIDIA.

Contigo brindaría.

GLÁUCO.

Sí, por Baco, Nidia mía.

- Antes serás la copera.
- NIDIA. (Venus, por su amor me abraso.
Sin su amor la muerte quiero.)
*(Vuelta de espaldas á Gláuco aproxima dos copas:
vierte el contenido del pomo que saca del pecho en una
que presenta á Gláuco, y ella bebe de otra.
Brindaremos.*
- GLÁUCO. Yo primero.
- NIDIA. Toma, Gláuco, este es tu vaso.
(Brinda y bebe Gláuco.)
- GLÁUCO. ¡Eres... raudal de ambrosía...
de belleza y de candor!
¡Eres templo de mi amor!...
Brindo por tí, Yona mía. *(Bebe.)*
(Se sienta. Pausa larga.)
Por la diosa... que los mares
mecieron sobre la espuma...
que mi cabeza se abruma...
(Deja caer la cabeza sobre ambas manos.)
- NIDIA. (¡Protegedme, dioses, lares!
Presva va siendo del sueño.)
(Le toca en la frente.)
- GLÁUCO. ¡Torpe esclava! Dí, ¿qué haces?
Se hizo pedazos... ¡Arbaces!...
De su amor yo soy el dueño.
¡Oh... qué noche tan oscura!...
Allí en abismo profundo
serpentea un reptil inmundado,
del egipcio es la figura. *(Pausa.)*
Vuestra pretensión es loca;
¿por fuerza se ha de caer?
¿Cómo podré sostener
con la cabeza está roca?
¡Dejad, dejad que respire!
¡Ay, me abraso... Yona mía!
¡Lo que siento es la agonía!
¡Que otra vez no más le mire!
- NIDIA. ¡Gláuco! ¡Gláuco de mi vida!
¡Si yo te pudiera ver!...
- GLÁUCO. ¿Quién eres tú? ¡Dí, mujer!
- NIDIA. Yo soy tu esclava querida.
¡Deja que toque tu frente!

Gláuco, ¡qué sudor tan frío!
 ¡No me escuchas, Gláuco mío?
 Sí, Yona... qué hermosa fuente.
 ¡Mitigaré de mi boca
 el fuego con sus cristales!
 La que bebe en sus raudales
 dicen que se vuelve loca.
 ¡Ay Dioses, cuánto sufrir!
 (¡Qué filtro tan infernal!
 ¿Será un veneno mortal
 que puede hacerle morir?).

GLAUCO.

NIDIA.

ESCENA IV

DICHOS.—APAECIDES, *seguido de un esclavo que desaparece.*

APAECIDES. ¡Gláuco! ¡Gláuco!

GLÁUCO. ¿Quién me llama?

APAECIDES. ¿No me conoces? Perdona.

Soy el hermano de Yona,
que tu protección reclama.

GLÁUCO. Tú... de Yona eres hermano?

Yo soy más, que soy su esposo.

APAECIDES. Deja un momento el reposo;

déjame estrechar tu mano!

Yona está en poder de Arbaces;

quise verla y no me dejan!

(Gláuco se levanta maquinalmente y busca por todas partes.)

NIDIA. Que los Dioses nos protejan!

APAECIDES. Corramos pronto! ¿Qué haces?

GLÁUCO. Buscando mi stylus estoy.

APAECIDES. Si lo llevas en el cinto.

GLÁUCO. Me has dicho que aquel recinto...

Pero... Fúlvius, donde estoy?

Yo te quiero conocer...

Pensamientos, no gritéis!

(Sujetándose la cabeza.)

Amigos, no me dejéis.

APAECIDES. No amas, Gláuco, á una mujer?

GLÁUCO. Más hermosa que Diana.

- Más que la luz celestial.
 Más pura que una Vestal!
 APAECIDES. Esa mujer es mi hermana.
 Un hipócrita...
- GLÁUCO. *(Rápido.)* El egipcio!
 Le sepulté en una sima
 y... enloquece el que se arrima
 al profundo precipicio.
- APAECIDES. Triste de mí! No hay remedio!
 Débil apoyo busqué.
- NIDIA. Apaecides; yo podré
 de salvarla hallar el medio.
 Yo canté en esas orgías.
 A un esclavo compraremos
 y salvarla así podremos.
- GLÁUCO. Hace un momento decías...
 No me abandones, razón!
 quisiera poderte hablar!
 Si yo te quiero escuchar;
 quién eres, por compasión!
 Háblame á voces! A voces!
 callad, aullidos malditos!
 Quién eres? Dímelo á gritos!
 ¡Ay, Gláuco! ¿No le conoces?
- NIDIA. Hermano de la mujer
 á quien van á deshorrar!
- NIDIA. Mas yo la puedo salvar.
 No hay momento que perder!
 ¡Gláuco! ¡Gláuco, vuelve en ti!
 ¿Llamo á tus esclavos?
- GLÁUCO. ¡No!...
 que la voy á salvar yo.
- NIDIA. ¿Puedes seguirnos?
- GLÁUCO. Sí, sí! *(Váase.)*

FIN DEL CUADRO OCTAVO

CUADRO 9.º—Crimen sacrílego

Reducido templo de planta circular consagrado al Destino, cuya estatua, acompañada de las tres Parcas, se destaca sobre un pedestal de mármol. Tiene vendados los ojos, sostiene con las manos un libro de bronce, y rodea su cabeza, á manera de aureola, una serpiente, símbolo de la eternidad.—A la izquierda un banco largo cubierto con un paño negro; de igual color están forradas las paredes, y en el tapiz que cubre la puerta que estará en este mismo lado. Un trípode de bronce con una lámpara apagada. Completa oscuridad.

ESCENA V

ARBACES y YONA (*Entran.*)

YONA. ¡Oh, qué oscuridad! Sombrío por demás se presenta el destino!

ARBACES. Nada temas, porque la brillante aureola que brota de tu divina frente, iluminará el templo con sus claros resplandores.

YONA. ¡Casta Minerva, no me abandones!

ARBACES. Estás agitada: tu mano tiembla. Ven, descansa un momento y prepárate: va á empezar la prueba.

YONA. Te suplico termines pronto y me saques de esta negra mansión. Necesito respirar un aire más puro.

ARBACES. Tranquilízate. Estás á mi lado; mi amor te acompaña y no evocará mi ciencia nada que pueda serte desagradable.

YONA. No te comprendo. ¿Es tu voluntad la que va á responder, ó es el destino?

ARBACES. El Destino, ante cuyo altar nos encontramos. En ese libro, cuyas hojas son de bronce, aparecerá escrito el porvenir.

YONA. Fijos están mis ojos en el libro; pregunta, que sin débil temor aguardo la respuesta.

(Arbaces toca un resorte; el paño que cubre el foro se

descorre, y se presenta el cuadro siguiente: En un fantástico salón está Yona sentada bajo un rico dosel, y á sus pies Arbaces estrechándole una mano. Muchos amocillos los cubren de flores, y una lluvia de oro enciende el espacio.)

- YONA. ¿Qué significa esto?
- ARBACES. Yona: fijate bien. Tú eres aquella mujer. ¿Quiéres conocer al hombre que la ama? ¡Míralo á tus pies! (*Se arrodilla.*)
- YONA. Salgamos. (*Desaparece el cuadro.*)
- ARBACES. Espera, Yona; ¿á qué ocultarlo por más tiempo? Yo te amo con la vehemencia de un corazón no gastado en locos amores. Mi ciencia, mi poder, mi fortuna, todo, todo lo postro á tus pies. Una palabra de tus hechiceros labios, y cuanto en la tierra existe servirá para tus placeres. ¡No apartes de mí la clara luz de tus divinos ojos. Ellos disipan las sombras que entristecen mi corazón, pendiente de tu voluntad. Ellos son mi guía, mi esperanza, mi vida.
- YONA. ¡Oh... calla!...
- ARBACES. No seré á tu lado el hombre sombrío; seré el esposo tierno, apasionado, solícito y leal. ¡Mírame! Te ofrezco mi vida á cambio de una sonrisa tuya; pero una sonrisa de amor.
- YONA. Levanta, Arbaces, y salgamos. Mis ojos necesitan ver el puro azul de los cielos, y aquí sólo me rodean fatídicas sombras cuyo contacto me ahoga.
- ARBACES. Pero, ¿serás mi esposa?
- YONA. Nunca.
- ARBACES. ¿Qué dices, Yona?
- YONA. Digo ¡que nunca!
- ARBACES. ¡Mira! (*En el libro del Destino aparecen con letras de fuego los nombres de Yona y Arbaces.*) El Destino junta los nombres de Yona y Arbaces.
- YONA. Pues el Destino se equivoca. ¡Oh, hermano del Cáos! Si quieres que tus pronósticos sean infalibles, escribe en tu libro los nombres de Gláuco y de Yona.
- ARBACES. ¡Qué has dicho, desgraciada! Pudiera mi co-

razón sufrir el dolor de tu negativa, porque la esperanza le daría fuerzas para respirar; pero no vuelvas á repetir ese odioso nombre.

YONA. ¿Y por qué no? ¡Cálmate, que me espantas!... Los corazones leales aman sólo una vez... yo amo á Gláuco.

ARBACES. ¡Oh... entiéndelo bien! Si vuelve á sonar en tus labios ese nombre, haré que la tierra falte á tus pies y te sepulte en sus entrañas!

YONA. No son esas las promesas que hicistes á mi madre.

ARBACES. ¿Me concedes tu amor? (*Estrechándola una mano.*)

YONA. ¡Oh, aparta! Estás faltando á los deberes de hombre honrado. ¡Oh, madre mía! ¡Quién me libraré de este mónstruo!

ARBACES. ¿Tal es el odio que mi amor te inspira?

YONA. ¡Sí! Y tu impuro aliento está manchando mi frente. ¡Aparta, quiero salir!

ARBACES. ¿Has olvidado que estás en mi poder y permanecerás aquí todo el tiempo que sea mi voluntad?

YONA. ¡Oh, Furias, Furias terribles! ¡Cómo no acudís á librarme de las garras de este hombre, si vuestro corazón debe de ser más sensible que el suyo! ¡Atrás, voy á salir!

ARBACES. Si das un paso, mil espectros se apoderan de tí.

YONA. ¡Pues bien, que vengan! Todos juntos me causarían menos horror que tus miradas.

(*Arbaces toca un resorte y suena dentro un gran estrépito. Yona cae desmayada en sus brazos y la coloca sobre el banco.*)

¡Ah, madre mía! (*Gritando. Caen.*)

ARBACES. (*Pausa.*) Tengo en mi poder una esencia que puede prolongar el letargo. (*Saca un pomo y se lo aproxima á la nariz de Yona.*)

APAEC. (*Dentro.*) ¡Yona!

ARBACES. ¡Maldición y muerte sobre aquel que se atreva á pasar el pórtico! (*Cubre á Yona con una parte del paño negro del banco.*)

ESCENA VI

DICHOS; APAECIDES, *blandiendo el stylus de Gláuco; detrás éste completamente enajenado; la luz del trípode le llama la atención y, cerca de ella, permanece siempre atacado de una sonrisa convulsiva. A poco entra NIDIA*

APAEC. ¡Aquí me tienes, miserable, dispuesto á manchar mis manos con tu impura sangre! ¿A dónde está mi hermana? Responde.

GLÁUCO. ¡Yona!

ARBACES. Tu hermana... jamás entró en esta casa.

APAEC. ¡Mientes, impostor! Sus esclavas la vieron salir en tu compañía. Además, acabo de oír sus tristes lamentos y su eco aún resuena en mi corazón! ¡Dime pronto dónde está, ó con este stylus te arranco la vida!

ARBACES. ¿Sabes que estás ultrajando al descendiente de cien reyes? ¿Sabes quién soy?

APAEC. ¡Un miserable! ¡Un ateo hipócrita! ¿A dónde está mi pobre hermana? *(Apaecides deja caer inadvertidamente el paño, y se descubre Yona. Arroja el stylus y se abraza á ella; reconoce su estado y se tranquiliza un poco.)* ¡Ah!... no está muerta. *(Pausa.)* ¿Podrás negarme ahora que eres un hipócrita? ¿Podrás negarme que eres un vil seductor, sin más Dios que el vicio; sin más creencias que la infamia? ¡Descendiente de tantos reyes! Hoy mismo se sabrá en Pompeya quién eres. ¡Hoy mismo te arranco la máscara!

ARBACES. ¡Oh... no será! *(Coge el stylus que arrojó Apaecides y lo clava en el pecho de éste, que cae instantáneamente. Al mismo tiempo entra Nidia, sin que Arbaces se aperciba de ello, después fija la atención en Gláuco, á quien no habia visto.)* ¡También tú!... ¿A qué has venido?

GLÁUCO. *(Se ríe.)*

ARBACES. ¡Ah... el filtro hizo su efecto!... ¡Pero mayor ha de ser mi venganza!

(Da un fuerte empellón á Gláuco, y éste cae sobre el cadáver de Apaecides. Lo pone á Gláuco el stylus en la

mano; descubre el tapiz de la puerta y da grandes voces. Nidia, entretanto, llega al grupo de Apaecides y Gláuco y se abraza á éste.)

ARBACES. ¡A mí esclavos! *(Entran algunos esclavos, entre ellos Sosia.)* Este ateo acaba de asesinar á un sacerdote de Isis, á los pies del ara sagrada. Dentro de este miserable recinto.

NIDIA. ¡Mientes! ¡Tú eres el asesino! Gláuco es inocente.

(Arbaces se arroja sobre Nidia, le tapa la boca y la entrega á los esclavos.)

NIDIA. ¡Gláuco! ¡Gláuco!

ARBACES. ¡Sosía, fiel Sosía!

SOSÍA. Aquí estoy.

ARBACES. Encierra á esa mujer: te encargo de su custodia. *(Se la lleva.)*

ESCENA VII

YONA, ARBACES, GLÁUCO, APAECIDES, NIDIA,
SOSÍA, ESCLAVOS, el DECULIÓN, SOLDADOS,
CIUDADANOS.

DECULIÓN. Arbaces, ¿qué sucede en tu casa?

ARBACES. Un asesinato sacrílego. Aún está el asesino sobre su pobre víctima. Miradle.

DECULIÓN. ¡Prendedle!

(A los Soldados: éstos levantan á Gláuco, que no puede sostenerse; le quitan el arma; él se ríe.)

DECULIÓN. El cadáver á su templo, y Gláuco á las prisiones del foro, y mañana...

TODOS. ¡Al anfiteatro!

ARBACES. Sí; al anfiteatro, y que un león termine su miserable existencia.

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

CUADRO 10.—Los funerales

La misma decoración del cuadro primero. Una pira mortuoria colocada en el centro de la escena y adornada con flores y ramos de ciprés.

ESCENA PRIMERA

MUSICA

Marcha fúnebre.—Va saliendo el cortejo mortuorio en dos filas y por el orden siguiente: El Designator ó Maestro de ceremonias. Acompañamiento de entulados con antorchas encendidas.—Música. Plañideros de ambos sexos y niños con flores. Los Sacerdotes del templo de Isis con grandes incensarios. Dos Entulados con trompas funerarias. Cuatro Portadores con largas togas que conducen el cadáver de Apaecides sobre un magnífico lecho de púrpura y oro. Detrás YONA, entutada, con la cabeza descubierta y suelto el cabello.—Otros cuatro portadores con una urna de plata. Dos niñas, una con la ampolleta de las lágrimas y la otra con una moneda sobre una pequeña bandeja de oro. Muchos Esclavos y Esclavas con ramos, éstas de laurel y aquéllos de ciprés. Pueblo.

RECITADO

SACERD. 1.° Tú que conduces el duelo,
ven, te llama el Sacerdote.
(A Yona.) Enciende la santa pira
y pasará el Aqueronte.
(El cadáver ha sido colocado sobre la pira. Los Sacerdotes le rodean en dos filas y agitan los incensarios.)

YONA.

¡Y ya jamás le veré!...
 ¡Apaecides!... Dulce hermano,
 á quien no temió el gusano
 que tuviste bajo el pie;
 ¿á quién pudiste dañar?
 ¿Es cierto que te he perdido?...
 ¡Ah!... ¡Nó! Tú estás dormido,
 pronto debes despertar.
 ¡Levántate, hermano, sí!
 ¡Yo te llamo, hermano mío!
 ¡Sigue como el mármol frío!...
 Ya su alma no está aquí.
 Ojos que amor fraternal
 en su frente me brindaron,
 ¡ay! qué pronto se secaron
 de aquella fuente el cristal.
 ¡Ay! manos que mis cabellos
 con amor acariciaban.
 Blanca frente que adornaban
 los pensamientos más bellos.
 A extinguiros va la llama
 de esta pira abrasadora;
 mas no el dolor que devora
 el corazón que aún os ama.
 ¡Cuán inmenso es mi quebranto
 sobre este fúnebre lechol...
 Recibe, hermano, en tu pecho,
 por última vez, mi llanto.

ESCENA II

DICHOS; GLÁUCO, dos DELEGADOS del Senado y SOLDADOS que le custodian. *Viene con el rostro cadavérico é incierta la mirada, cabizbajo, caminando con paso inseguro.*

DELEGADO. Quiere ver el tribunal,
 antes de encender la pira,
 si arrepentimiento inspira
 su víctima al criminal.
(Yona levanta la cabeza, reconoce á Gláuco y experimenta una emoción inexplicable. No es odio, pues rechaza la terrible acusación que pesa sobre aquél; es la

sorpreza al contemplar en tal sitio, en aquellos instantes y en tan triste estado, al hombre á quien tanto ama. Las preguntas que le dirige van llenas del deseo de que justifique su inocencia, el que ella no cree culpable. Está colocada entre Gláuco y el cadáver de su hermano. Agitada, trémula, convulsa y sin poder proferir ni una frase, dirige miradas espantosas á uno y otro alternativamente. Gláuco aún no la ha visto, ni ha reparado en el lugar donde se halla.)

YONA.

¡Ah!... ¡Gláuco!...

(Al oír Gláuco la voz de Yona se extremece: parece que se despierta de un letargo, levanta la cabeza y va reconociendo su estado y cuanto le rodea.)

GLÁUCO.

¡Quién!... ¡Yona! ¡Yona!

YONA.

¡Némesis! ¡Qué prueba pides!

¡Ves, un muerto, es Apaecides!

¡Pregunta si te perdona!

GLÁUCO.

Pero... ¡Dioses!... ¡Dónde estoy!...

YONA.

Delante estás de la muerte.

Pregunta, va á responderte.

¡Pregúntale!...

(Gláuco se adelanta vacilante.)

GLÁUCO.

¡Voy! ¡Voy!

No es un festín de alegría...

es una tumba entreabierta...

y en mi memoria despierta

un suspiro de agonía.

¡Sí!... Recuerdo la acusación,

los jueces... y mi ansiedad,

y la horrible obscuridad

que reinaba en mi prisión.

Y dicen que yo... ¡mentira!

Yo asesinar... ¡y á tu hermano!

¡Si no el corazón, la mano!

¡mírala bien!... ¡Mira... mira!

¿Tiene alguna mancha? ¡Nó!

Si las tiene... (Con amargura.)

YONA.

GLÁUCO.

(Reconociéndoselas.) ¡Triste sino!

¡Pues algún vil asesino

con su crimen las manchó!

¡Déjame, quiero llegar

al cadáver macilento

y animarle con mi aliento,
 y le voy á preguntar!
 ¡Apaecides! En el nombre
 del que vibra el rayo ardiente,
 anima tu blanca frente,
 vuelve un momento á ser hombre.
 ¡No halle perdón en tu labio
 el que tu vida cortó!
 Acúsame, ¿he sido yo?
 ¿Te hice alguna vez agravio? *(Pausa.)*
 Júpiter le reanimara
 con su divino calor,
 y si fuese yo el traidor
 mi acusación fulminara.

DELEGADO.

PANSA.

GLÁUCO.

Ya está la prueba cumplida.
 Pronto á la prisión volvamos.
 Yona... ya... nos... separamos.
 Tú... no me crees... fratricida.
 No me quieres responder.

(Con amargura.)

YONA.

Si se ahoga mi garganta,
 y ya vacila mi planta.
 Me siento desfallecer.

(Se apoya en el cadáver de su hermano. El Jefe de los soldados le hace una señal á Gláuco, para que se ponga en marcha.)

GLÁUCO.

Si... de una garra el furor
 mi pecho abre dolorido,
 lo encontraran, Yona, henchido
 del más grande y puro amor.
 Adiós, ¡Yona! ¡Yona mía!
 ¡Luz de mi obscura prisión,
 no te suplico el perdón!. .
 mas consuele esta agonía
 siquiera tu compasión.

(El Jefe de los soldados repite la señal ó mandato. Despedida muda, rápida y llena de amor y ansiedad. Yona queda algunos instantes apoyada en el muerto y con los ojos fijos en el suelo: al fin, y después de besar la frente á su hermano, le cubre con el paño del féretro; toma una antorcha y prende fuego á la pira. Rápida sube la llama, suena la música y los clamores de

las trompas funerarias. Yona, con la antorcha en la mano, permanece muda é inmóvil junto á la pira.)

ESCENA III

TODOS, *menos* GLÁUCO, *los* DELEGADOS y SOLDADOS

SACERD. 1.° Aire eterno! aire puro,
manantial de cuanto existe:
vierte en las yertas cenizas
gérmenes de vida libre.
Alzate, llama sagrada,
y después que purifiques
este inanimado cuerpo
con tu fuego destructible,
recogeréis elementos,
lo que cada cual les disteis.

SACERD. 2.° Adiós, alma, que nos dejas.
¡Adiós! Aunque nos precedes
en el viaje tenebroso,
no tardaremos en verte,
porque las horas conducen
nuestros pasos á la muerte.

(La pira se ha consumido. Todos los personajes del acompañamiento, á excepción de los sacerdotes, desfilan procesionalmente al son de una triste música. Una de las Esclavas ha cubierto á Yona con un largo manto; ésta se arrodilla delante del proscenio, cerca del fuego sagrado, y se pone á orar. Larga pausa, hasta que la música se extingue por la distancia.)

ESCENA IV

YONA, ESCLAVAS y SACERDOTES *orando*.—ARBACES
contempla un momento á Yona: después baja y le toca en el hombro.

YONA. ¿Quién es?... ¿Quién viene á turbar
de una triste la oración?

ARBACES. Otro triste corazón
que contigo viene á orar.

(Queda á juicio del artista el momento de indignación y sorpresa de Yona.)

- YONA. (¿Has brotado del averno
ó las Furias te han traído?)
Arbaces, ¿á qué has venido?
- ARBACES. A ofrecerte apoyo eterno.
- YONA. Némesis, ¿qué estás hablando?
Déjame en la soledad,
que estoy de la eternidad
las tristes puertas velando!
- ARBACES. ¿Por qué evitar mi presencia
procuras tan obstinada?
- YONA. Porque tiene tu mirada
del Flegetón la influencia.
Porque su fuego infernal
me paraliza la vida.
- ARBACES. Recuerda, Yona querida...
no soy causa de tu mal.
- YONA. ¡Vete, Arbaces! ¡Me horrorizas!
¡Deja que rieguen mis ojos
estos míseros despojos;
que refresque estas cenizas!
- ARBACES. ¡Te estoy absorto escuchando!
¡Mal pago das á mi amor!
Dí, ¿por qué te causo horror?
- YONA. Por impuro y por nefando.
¡Has de hallar en tu camino
eternamente una sombra!
¡Ya se levanta! ¡Te nombra!
¡Tú fuiste, tú, su asesino!
- ARBACES. ¡Calla, miserable!
- YONA. ¡Atrás!
que no me toque la mano
que abrió el sepulcro á mi hermano.
- ARBACES. Desgraciada... ¡Loca estás!
- YONA. ¡Quién me podrá defender
de tu implacable asechanza!
- ARBACES. ¡A mí, esclavos! Sin tardanza,
á mi casa esta mujer.

ESCENA V

DICHOS.—*Algunos esclavos con una litera.*—CALENO.

YONA. ¡Qué ha pronunciado tú boca!
¡Es ilusión lo que escucho!

ARBACES. ¡Pobre Yona! Sufre mucho,
el dolor la ha vuelto loca.

YONA. Es muy grande mi dolor,
¡pero loca... nó; no estoy!

ARBACES. Bajo mi custodia hoy
te ha colocado el pretor.

YONA. Quién podrá, quién, arrancarme
del calor que da esta pira!
¡Hermano mío! (*Llamando.*)

ARBACES. Delira...

YONA. ¡Quieren de tí separarme!

ARBACES. Ven.

YONA. A su casa, ¡no será!

ARBACES. Sí, Yona, calma tu pena.

YONA. ¡Ah!... ¡Qué aliento, me envenena!

ARBACES. ¡Vamos pronto!... Vamos.

YONA. ¡Ah!...

(Entre Arbaces y Caleno colocan en la litera á Yona, casi desvanecida, atacada de una fuerte convulsión. A una señal de Arbaces, los esclavos desaparecen con la litera.)

CALENO. Que el tribunal no lo note. (*Bajo.*)

ARBACES. Guarda esos restos ardientes,
que á falta de los dolientes
debe orar el sacerdote.

(Caleno se coloca á orar en el sitio en que estaba Yona. Arbaces se marcha precipitadamente.)

FIN DEL CUADRO DÉCIMO

CUADRO 11.—Astucia

Pequeño cubiculum ó departamento de esclavos.—Puerta al foro que comunica con el exterior, y que tendrá una pequeña rejilla de hierro.

ESCENA VI

SOSÍA *asomado á la rejilla. Después sale NIDIA por la derecha.*

- Sosía. ¡Nidia... Nidia... Ciega!... ¿Estás todavía durmiendo? Mira que ya está el sol casi en la mitad de su carrera. ¡Ciega!... (*Llamando.*)
- NIDIA. ¿Qué quieres, Sosía? (*Saliendo.*)
- Sosía. Tengo que darte buenas noticias: ¡El proceso de Gláuco ha terminado!... ¡Por toda Pompeya corre la noticia!
- NIDIA. ¿Qué dices?
- Sosía. ¡Que nuestra felicidad ya es segura! El león es el encargado de castigar el asesinato del sacerdote! ¡Toda la noche han estado los jueces reunidos en el Senado!... ¡Claro! ¡Como que hoy son los juegos del anfiteatro... pero por fin ha sido condenado!... ¡Qué alegría!...
- NIDIA. ¡Qué alegría!... (*Llorando.*)
- Sosía. Seremos ricos.
- NIDIA. ¡Sí; muy ricos!... Entra, amor mío.
- Sosía. Voy.
(*Se oye descorrer el cerrojo de la puerta. Sosía la abre y entra.*)
- NIDIA. Cuéntame, cuéntame cuanto sepas.
- Sosía. Sí, ha sido condenado á luchar con el león, y los jueces le conceden la gracia de que se defienda con el mismo stylus que le sirvió para cometer el crimen.
- NIDIA. ¡Cuánto me alegro!
- Sosía. ¿Estás segura de ser tú la única persona que sabe el lugar donde Gláuco tiene escondido su oro?

- NIDIA. Segurísima. ¡Mira, Sosía, amante mío. Enseguida que el león despache á Gláuco, Arbaces me pondrá en libertad... yo entonces... de noche... saco todo el oro, que hay mucho... mucho... y tú vendrás conmigo!
- Sosía. Sí, voy contigo; tú me le entregas.
- NIDIA. Enseguida compras tu libertad.
- Sosía. ¿Qué estás diciendo? No es preciso gastar dinero en eso. Hoy mismo, al amanecer, me ha dicho mi amo: «Sosía, sírvenme bien, con fidelidad, que voy á hacerte liberto». Si supiera que yo te dí entrada en el jardín!...
- NIDIA. Cuánto me alegro.
- Sosía. ¡Y yo! Deja que te abrace.
- NIDIA. Sí, abrázame. Mira, toma en cambio esta cadena de oro.
- Sosía. ¡Ah... qué hermosa!... ¡Cuánto pesa!... ¡Esta la habrás robado? Briboncilla...
- NIDIA. Guárdala, y no preguntes más. El oro siempre llega bien, venga de donde venga. ¡Ay... me aflije una duda!...
- Sosía. ¿Cual?
- NIDIA. ¡Si los hados no fuesen propicios á nuestros deseos y pudiera perder tu amor!... ¡Oh!... ¡Entonces me moriría!
- Sosía. Si tú sola sabes dónde están los tesoros del griego...
- NIDIA. Sí; pero ¿y si antes de morir se descubriese á otro?
- Sosía. ¡Dices bien!... ¡Oh... cuánto tarda la hora del anfiteatro!
- NIDIA. Quisiera consultar esto con el espíritu del aire, por medio de la magia.
- Sosía. Muy bien pensado.
- NIDIA. Tú me ayudarás.
- Sosía. A todo.
- NIDIA. ¿Vás á hacer lo que te diga?
- Sosía. Sí, todo.
- NIDIA. Baja al jardín y abre la puertecilla.
- Sosía. ¿Para qué quieres que abra la puerta del jardín?
- NIDIA. Para que pueda entrar por ella el espíritu

- que vamos á consultar. El espíritu del aire.
 SOSÍA. ¿Y no puede entrar por las rendijas?
 NIDIA. Sí... puede... pero sus contestaciones son desagradables...
 SOSÍA. Bueno: lo haré, porque afortunadamente no está Arbaces.
 NIDIA. ¿Nó?
 SOSÍA. Está en los funerales de Apaecides.
 NIDIA. ¿Han sido hoy?
 SOSÍA. Sí; ya habrá pasado el stigio.
 NIDIA. No perdamos el tiempo.
 SOSÍA. Voy. (*Va á salir, cerrando la puerta tras sí.*)
 NIDIA. No cierres.
 SOSÍA. Sí, cerraré. Aunque te quiero tanto, no me fío de tí; tú sabes mucho y pudieras escapar.
 NIDIA. ¿Yo?... ¿Y adonde iría sin tu amor?
 SOSÍA. ¿Me quieres mucho?
 NIDIA. Mucho. (*Se abrazan.*)
 SOSÍA. Pues... no cerraré, y pronto vuelvo. (*Vase.*)

ESCENA VII

NIDIA *sola.*

- NIDIA. ¡Oh, Dioses justos! ¡Oh, Gláuco! ¡No has cometido ese crimen y vas á morir! ¡Nó, Nó! Yo gritaré, yo proclamaré tu inocencia y arrojaré á los pies del tribunal al miserable ateo que cometió el asesinato. (*Vase.*)

FIN DEL CUADRO ONCE

CUADRO 12.—Una espía

Lujosa estancia en la casa de Arbaces.—Puerta al foro con magníficos tapices, orientales; dos elegantes columnas sostienen los bustos de Isis y Osiris; veladores y cómodos asientos.

ESCENA VIII

CALENO *y un* ESCLAVO; *a poco* ARBACES

ESCLA. 1.º Arbaces ha dispuesto que esperes aquí. Dice que no tardará.

CALENO. Bien, esclavo; puedes retirarte.

ESCLAVO. Ya lo hago. (*Vase.*)

CALENO. ¡Por Osiris! Es preciso hablar claro. ¡Hace mucho tiempo que soy el cómplice y esclavo de Arbaces para que realice todos sus deseos, con la esperanza de hacerme poderoso!... ¡Esta es la ocasión! ¡Hace tres días que yo mismo le ví cometer el asesinato! ¡Tres días que debió comprar mi silencio, no con promesas, con oro!... ¡Y su conducta me extraña!... ¡Oh, diosa egipcia! En tu presencia juro que si en este momento no me hace Arbaces dueño de todo el oro que me tiene prometido, antes de una hora ocupará el puesto de Gláuco.

ARBACES. (*Saliendo.*) Caleno: me extraña que abandones las cenizas de Apaecides antes de que se les dé cumplida sepultura.

CALENO. Cuatro sacerdotes del templo de Isis están cumpliendo su deber.

ARBACES. ¿Y tú por qué no?

CALENO. Porque... necesito hablar contigo; las horas pasan.

ARBACES. ¿Tanto te interesa?

CALENO. Mucho.

ARBACES. (Viene por oro. Astucia.) Caleno: aunque tienes motivos para dudar de mis espectros, porque conoces y manejas su mecanismo, ayudándome á presentarlos cuando á mis planes conviene; aunque dudas de mi poder mágico, no dudarás de mi penetración. Leo en el corazón de los hombres con tanta facilidad como pudiera hacerlo en un rollo de papyrus. Sé á lo que vienes.

CALENO. Bajo las bóvedas que sostienen estas magníficas estancias tienes montones de oro, guardas los tesoros que pertenecieron al divino Nerón... tú lo has dicho. Hace tres días que asesinaste al hermano de Yona con tu propia mano; yo lo ví desde el sitio en que me hallaba escondido, presentando los fantasmas. He sido tu cómplice: ¡Gláuco va á morir, y una palabra mía pudiera salvarle!... ¡Y una palabra mía pudiera arrojarte á las garras del león... Vengo á que me pagues.

ARBACES. Me agradan tus palabras, y siento que hayas podido dudar de mi generosidad. Eres un desgraciado tendero perseguido por la justicia, como encubridor de malhechores. La fortuna te puso en mi camino una noche que yo necesitaba un brazo decidido que cortase una existencia. Tú me buscaste al que debía privarme de un rival. ¿Te recompensé aquel servicio?...

CALENO. Sí; estabas fundando un templo para el culto de la diosa Isis, y con nombre supuesto me hiciste sacerdote de él.

ARBACES. Después...

CALENO. Siempre fuiste generoso.

ARBACES. Y fiel amigo.

CALENO. Sí.

ARBACES. Entonces, ¿por qué dudas de Arbaces?

CALENO. Porque... si no dudo: es que...

ARBACES. Te perdono esta falta en pago de tu fidelidad. Ya ves que no pueden inspirarme recelo ni temor tus amenazas; pues si tú puedes acusarme del asesinato de Apaecides, yo puedo

negar, y entregarte á la justicia por otros muchos crímenes.

CALENO. Arbaces... tú pudieras acusarme, pero no probar esos crímenes. Tu acusación parecería ante el tribunal como una sacrílega calumnia!... En cambio yo puedo probar...

ARBACES. ¿Es oro lo que deseas?

CALENO. Sí.

ARBACES. Esta noche...

CALENO. ¡Ahora mismo!... ¡Antes que muera Gláuco!

ARBACES. Y... ¿cuánto quieres?

CALENO. ¡Tu vida vale mucho!...

ARBACES. ¡Sí, tanto, que no debemos regatearla! ¿Tendrás bastante con todo el que puedas llevarte debajo de la túnica?

CALENO. Sí, y con él huiré de Pompeya, me iré lejos; no quiero que nos volvamos á encontrar.

ARBACES. ¡Quién sabe si en el Tártaro...!

CALENO. No hay más Tártaro ni más fuego que la sed de oro. ¡El es mi Dios... su brillo, la luz de mi Olimpo!

ARBACES. Hoy estás franco y poético. Te alejarás rico, poderoso; se van á realizar tus deseos. Ahora vas á derramar tus miradas sobre montones de oro y de piedras preciosas, y vas á ser dueño de cuanto quieras.

CALENO. ¡Pronto!

ARBACES. Verás cómo por mucha que sea tu ambición, son tan grandes mis tesoros, que apenas podrá notarse la falta de aquello que recojas.

(Arbaces toca un resorte en una de las columnas, y se abre una pequeña puerta en el pavimento, por donde se ve el principio de una escalera.)

CALENO. ¡Qué frío sale de ese subterráneo!

ARBACES. ¡Vamos, baja delante!

CALENO. Delante... ¿de tí?

ARBACES. Sí. ¿Qué te detiene?

CALENO. ¡Nó!... *(Después de reflexionar.)* ¡No bajaré ni delante ni detrás; pudieras tenderme un lazo, encerrarme en ese lóbrego subterráneo y dejarme morir de hambre y desesperación!

ARBACES. ¡Qué miserable eres!

- CALENO. Llama á un esclavo de confianza y que él suba á este sitio el oro que hayas de darme.
- ARBACES. ¡Esclavos! (*Salen cuatro.*) ¡Agarrad á ese traidor y arrojadle en ese subterráneo!
- CALENO. ¡Oh... nunca! (*Luchando con los esclavos.*)
- ESC. 1.º ¡Adentro!
- CALENO. ¡Arbaces!
- ESCLAVOS. ¡Adentro!
- CALENO. ¡Perdóname!
- ARBACES. ¡Vas á morir, miserable, sobre montones de oro!

(Los esclavos arrojan á Caleno, que lucha y grita sin cesar, dentro del subterráneo. Arbaces cierra.)

Cada cual á su puesto. Que se formen todos los esclavos en dos filas para acompañarme al Anfiteatro, y el que vuelva á acordarse de ese hombre, perderá la vida. (*Vánse los esclavos.*) Ahora al Anfiteatro, á presenciar la muerte de mi rival!... Después á los brazos de Yona! ¡Oh... Arbaces!... ¡Quién puede vencer tu inmenso poder! (*Vase.*)

ESCENA IX

NIDIA, *sale de detrás de un tapiz.*

- NIDIA. ¡Yo... si los dioses me ayudan! Es preciso que Caleno salga de ese subterráneo antes que muera mi Gláuco, ¡él sólo puede salvarle!... Voy, voy en busca de ese imbécil Sosía y él será el instrumento de salvación y de justicia.

FIN DEL CUADRO DOCE

CUADRO 13.—El Anfiteatro

Harto conocido el aspecto de este clásico local público, sólo añadiremos que en la valla que ciñe la arena, se verán brillantes pinturas, representando pasos alegóricos á este espectáculo.—Sobre esta valla, habrá una fuerte empalizada entretrejida con gruesas cuerdas destinadas á contener el furor de las fieras.—A la izquierda una regia tribuna destinada á los Senadores y Magistrados; á la derecha un gran arco, con su fuerte portón, que da paso á la arena.—Las primeras gradas estarán ocupadas por señoras y nobles ciudadanos; detrás los esclavos y mujeres del pueblo.—Obscuro.

ESCENA X

Un gentío inmenso. CLÓDIO, LÉPIDO, FÚLVIUS, PANSA, DIÓMEDES, SENADORES, MAGISTRADOS y DIGNIDADES; JULIA *entre muchas señoras.*—BURBO *entre la plebe.* SOLDADOS, el PREGONERO, *etc., etc.*

MUSICA.—*Marcha guerrera.*

PREG. (*Leyendo en un gran pergamino.*) «Va á darse principio á los juegos. Por mandato del Senado ha dispuesto el noble Editor que se verifiquen por el orden siguiente: presentación general de los Gladiadores.—Gláuco, armado con su stylus, luchará con el león, y á la vez el viejo Olinto, por ateo y blasfemo de los dioses, será arrojado al tigre. (*Aplausos.*) Luego seguirán las luchas de los Gladiadores. Primero: Niger y Sporus, éste con red y tridente, y aquél con espada y escudo. Es lucha á muerte. (*Aplausos y alegría.*) El vencedor recogerá la bolsa de manos del Magistrado y la corona de honor. (*Voces de alegría y aprobación.*) Premiados los vencedores, arrastrados los cadáveres y aparejada la arena, ocho romanos lucharán con el cesto, cuatro á cuatro.» (*Aplausos y alegría general.*)

(Suenan dos trompetas, se abre el portón, aparecen los gladiadores en dos filas, y al son de la música se verificarán las evoluciones bailables, haciendo respetuosos saludos. Después desaparecen; vuelven á sonar las trompetas, y todos guardan un profundo silencio.)

ESCENA XI

Varios empleados sacan sobre ruedas las jaulas del león y el tigre. En este momento llega ARBACES y se coloca en la grada distinguida. Todos los espectadores se fijan en él. Vuelven á sonar las trompetas, y entre soldados sacan á GLÁUCO y á OLINTO.

FÚLVIUS. Señores Senadores y Magistrados: en nombre de todos los ciudadanos de Pompeya, pido que se les conceda á los sentenciados el uso de la espada para su defensa.

MUCHOS. ¡Sí! ¡Sí!

UNA VOZ. ¡Es inocente! *(Las señoras hacen señas.)*

SENADOR. ¡La sentencia del tribunal es irrevocable!

MUCHOS. ¡La espada!

OTROS. ¡A Olinto nó!

OTROS. ¡Al ateo nó!

TODOS. ¡La espada!

MAGIST. Pompeyanos: ¡Habéis olvidado que el pueblo que no respeta la justicia, se busca su propia destrucción?

FÚLVIUS. ¡No queremos apartar nuestro respeto ni de la ley ni de la justicia! ¡Pero suplicamos una gracia! Puesto que el tribunal sentenciador está presente, que ponga á voto esta petición.

MUCHOS. ¡Sí, sí!

JULIA. ¡Oh, jueces! Nosotras también lo suplicamos. *(Nutridos aplausos y animadísima gritaría.)*

TODOS. ¡La espada!

SENADOR. ¡Basta de gritos! Va á ponerse á votación. *(Aplausos.)*

SENADOR. *(Después de una pausa.)* ¡Por voto unánime se concede á los sentenciados el uso de la espada! *(Aplauso general.)*

(Un empleado sale con dos espadas desnudas, que entrega á Gláuco y á Olinto. Momento de silencio.)

GLÁUCO. ¡Pompeyanos! ¡Quiero despedirme de vosotros! La calumnia de un hipócrita me arrastra á la muerte! ¡Pero sabedlo! ¡Soy inocente! ¡Pompeyanos! ¡En mi pecho jamás penetró el odio!... ¡Mi corazón no ha sabido más que amar! Algún día los dioses castigarán al culpable!

OLINTO. ¡Oh, pueblo! ¡Oh, tribunal! En mi juventud obtuve la dicha de contemplar las facciones de un inocente clavado en una cruz. En estos momentos, los últimos de mi vida, recuerdo aquel angustiado y divino rostro, poseído de santidad y gloriosa resignación. En su agonia, y después de contemplar con verdadero amor á aquel pueblo que le crucificaba, elevó sus divinos ojos al cielo, cubierto como hoy por negras nubes, y le imploró á su eterno Padre el perdón para sus verdugos! Vuestra ceguera me condena! ¡Sois dignos de compasión! ¡Os compadezco y os perdono! Faltan á mi brazo las fuerzas para blandir este arma; (*Arroja la espada al suelo.*) pero sobran á mi espíritu para remontarse sobre vuestros vicios y miserias y volar á la gloria de los justos, al verdadero Olimpo de los mártires.

VOCES.

¡Muera!

(*Suenan las trompetas. Los empleados empiezan á despojar las puertas de las jaulas de los hierros que las cierran, y atan á éstas largas cuerdas para poder obrirlas desde la valla.*)

ESCENA XII

DICHOS, CALENO; después NIDIA y YONA

CALENO. ¡Deteneos, en nombre de los dioses! ¡Yo, sacerdote de Isis, acuso al egipcio Arbaces del asesinato de Apaecides! ¡Yo lo he visto y lo juro! ¡Yo ví asestar el golpe y lo puedo probar! ¡Arbaces es el asesino! ¡Bajo mi responsabilidad, y en nombre de los dioses, prendedle!...

NIDIA. *(Saliendo.)* ¡Arbaces es el asesino! Yo estaba presente cuando cometió el crimen, y desde aquel momento me ha tenido encerrada para que no pudiese declarar la verdad!...

TODOS. ¡Arbaces al león!

ARBACES. *(Gritando.)* ¡Es una calumnia!

TODOS. ¡Al león!

YONA. *(Saliendo.)* ¡Gláuco!

ARBACES. *(Al verla.)* ¡Oh Furias!

(Salta á la arena y se apodera de la espada que arrojó Olinto.)

¡Antes de perder mi vida, he de arrancarte la tuya! ¡Cobarde, defiéndete de tu enemigo!

(Una turba de espectadores, entre ellos Fúlvius, Clodio y Lépido, se arrojan sobre Arbaces, le arrebatan la espada y suben en triunfo á las gradas á Yona, Gláuco, Nidia y Caleno.—Olinto desaparece.)

ARBACES. ¡Ya estoy aquí solo! ¡Creeis que me causa temor la muerte? ¡Sí, yo asesiné á Apaecides! ¡Yo arranqué la vida al hermano de esa mujer! ¡Estoy dispuesto á sacrificar la mía en aras del amor que le consagré! ¡Dad libertad á esas fieras! ¡Ni temo á sus garras ni á esa lluvia de fuego, con que los dioses amenazan nuestras vidas!

(La obscuridad ha aumentado considerablemente; una abundante lluvia de cenizas empieza á caer sobre los espectadores; éstos luchan con el temor y la sorpresa que les causa el fenómeno, el afán por abandonar el anfiteatro y el deseo de que las fieras se arrojen sobre Arbaces.)

VOCES. ¡El Vesubio arroja fuego! ¡Huyamos!... *(Todos de pie.)*

(Los empleados tiran de las cuerdas y se abre la puerta de la jaula del león; éste sale y se precipita sobre Arbaces; en el mismo momento aumenta la obscuridad hasta que todos los objetos se pierden de vista.—Voces de confusión y sorpresa, lamentos, etc.)

FIN DEL CUADRO TRECE

CUADRO 14

Ultimos instantes de un pueblo

Acláranse algo las tinieblas y se presenta una de las calles de Pompeya, por donde corren toda clase de personas; señores seguidos de sus esclavos; madres y padres con sus hijos pequeños en los brazos; otros cargados de objetos de valor, etc.; pero en todos se verá, al resplandor de los relámpagos, rostros llenos de espanto y dolor. Terribles ruidos subterráneos y terremotos, sin que deje de aumentar la lluvia de cenizas, lava y piedras encendidas. Salen Gláuco y Yona guiados por Nidia, y desaparecen entre las sombras.

ESCENA XIII

DICHOS, YONA, NIDIA y GLÁUCO

NIDIA. Seguidme, que pronto llegaremos á las orillas del mar.

GLÁUCO. ¡Oh, Nidia! ¡Si la obscuridad es absoluta!

NIDIA. Los ciegos no necesitan luz; ¡seguidme!

(Las sombras vuelven á cubrirlo todo.)

FIN DEL CUADRO CATORCE

CUADRO 15.—El Vesubio

Despacio se van disipando las tinieblas y alejándose el ruido subterráneo, y cuando han desaparecido por completo, la escena representa el mar y á lo lejos se ve el Vesubio arrojando fuego y cenizas sobre la ciudad de Pompeya. Muchas embarcaciones llenas de gente que se aleja de la ciudad; entre ellas, una en que va un grupo de cristianos, todos de rodillas, menos Olinto, que va abrazado á una cruz. Gláuco, Yona y Nidia, dentro de una pequeña embarcación tripulada por cuatro remeros.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS

YONA. ¡Nidia, nuestra salvadora, jamás te separarás de nosotros!

- NIDIA. Nó, Yona; quiero volver á abrazar á mi madre; sólo á su lado podré ser feliz!
- GLÁUCO. Yo te restituiré á sus brazos , y nosotros ¡oh Yona mía! hallaremos reposo y felicidad en los embalsamados jardines de Atenas.

Una melodía acompañará la última escena. La terminación de la obra queda encomendada al talento de la dirección escénica

FIN DEL DRAMA

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.